

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXIX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 26. — N° 741.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

SUMARIO.

Yousseff bey Caram; grabado. — **Revista española.** — **Galeria de celebridades contemporáneas: Teófilo Gautier;** grabado. — **Su Majestad el rey de Prusia abriendo el Parlamento de los Estados de la Confederacion del Norte;** grabado. — **Revista de Paris.** — **Poesía: Los saludos.** — **El palacio de los Césares en Roma;** grabados. — **Orichton.** — **Sucesos de la Creta: Voluntarios de la insurreccion cretense volviendo á Grecia á bordo del vapor austriaco;** grabado. — **El conde Julio Andrássy, presidente del ministerio húngaro;** grabado. — **Exposicion universal de 1867;** grabado. — **La Marquesa de Pinares.** — **El doctor A. Blanchet;** grabado. — **Problemas de ajedrez;** grabado. — **Las cocinas populares de Berlin;** grabado.

Yousseff bey Caram.

Yousseff (José) beg (bey) Caram, nació en Zgorta, cerca de Trípoli de Siria, y tiene actualmente treinta y ocho años.

Después de haber desempeñado en los sucesos de 1861 un papel considerable, Caram, cuando se trató del arreglo orgánico, no quiso admitir el cargo que Daoud le había ofrecido en la nueva organizacion del Líbano. Entonces fué preso y enviado á Constantinopla; internado en Egipto, volvió á Esmirna, pidió jueces, y no pudiendo obtenerlos, se escapó, gracias, según dicen, al complaciente descuido de los turcos, y el 17 de noviembre de 1865, volvió á presentarse en Trípoli de Siria, y de aquí pasó á Edhen, en donde había sido cheikh, y en donde acababa de morir su esposa, la cual disfrutaba de un gran crédito en el Líbano. Caram aseguró que su intencion era la de vivir apartado de los negocios, aunque si rechazaría la fuerza con la fuerza, caso que quisieran atentar á su libertad.

Este regreso puso á Daoud y á Caram en una posicion delicadísima que mil intrigas envenenaron mas y mas: en 1866 estallaron las hostilidades, sin que sea fácil decir de dónde provino la provocacion. En el encuentro de Mar-Ooumet, Caram y sus maronitas fueron batidos por Daoud, ayudado por M. Althabe, antiguo sargento francés, y en la accion murió un sobrino de Caram. Algunos dias después, en Benachi, Caram tomaba su desquite. Destrozaba las fuerzas de Eminbajá (Schwartzemberg), y hacia prisionero á M. Althabe (27 de enero). El combate del 1° de marzo, en Akbat-Ayrouma, hace aun mas honor á la energia de los

maronitas. Pero privado de municiones, de armas y de toda posibilidad de socorro, obligado á dejar que los turcos quemaran sus casas y devastaran su patrimonio, Caram, después de haber tratado de apoyarse en Abdel-Kader para obtener el permiso de permanecer en Damasco sin que le molestaran, se decidió á reclamar la

intervencion de la Francia. Prometiéronle en la Argelia una existencia honrosa y la conservacion de sus rentas en el Líbano; aceptó, y actualmente, en la tierra argelina adonde llegó el 31 de enero, espera el momento de ir á tomar posesion de las tierras que le han concedido. Bueno es añadir aquí que habla correctamente la lengua francesa. Muy divididas están las opiniones acerca del jóven jefe maronita; nosotros adoptaremos con preferencia el parecer de un escritor familiarizado por sus viajes y sus estudios con la oscura cuestion del Líbano, M. de Alaux: «... Se ha exagerado mucho hablando de Yousseff Caram; pero si no es el mas inteligente de los patriotas del Líbano, es de seguro el mas adicto y sincero.»

D. O.

Revista española.

El buen tiempo. — Un dia de sol. — Los ancianos. — Los jóvenes. — Los que salen á lucir. — Un paseo con mis lectores. — La filosofia. — Cálculos en *si bemol*. — La señora de un banquero. — Un comerciante. — Primeros efectos del sol. — Segundos. — Lo que es el sol. — En paseo. — Diálogo entre una lectora y el cronista. — El enigma y la clave. — Vivir y comer. — Segundo misterio y basta de filosofia. — *Juan el Correo*. — Una conversacion. — Un criado que ofrece un sueldo á su amo. — Misterios de la fortuna. — Un filon. — La propina. — Fisonomía de los mozos de café. — Observaciones. — Triunfos. — La propina bajo sus diferentes aspectos. — Contribucion. — El sistema inglés y el camarero que lo ha propagado en España. — Fin.

Gracias á Dios, se ha adelantado la primavera y el tiempo que disfrutamos es hermosísimo.

¿Qué hacer en estos dias de sol? Salir á tomarlo, dirán mis lectores; pero salir á tomar el sol sin otro objeto, se queda para aquellos individuos de la familia humana que, cargados de años, de desengaños y de achaques, buscan el fuego vivificador, para ir tirando, como dirian los ancianos con resignacion evangélica.

Los jóvenes, los que desean un dia de sol, no para buscar lo que derrochan, salud, sino para lucir la última levita que les ha cortado Caracuel, el último pantalon que ha elegido en el bazar de Isern, ó el chaleco que ha escogido en casa de Muñoz Mexia una elegante esposa ó una aristocrática mamá, esos ya tienen un objeto; van á paseo por algo mas que por tomar el sol.



Yousseff bey Caram.

J. ROBERT sc

Pero hay algunos que sin ser viejos, sin ser ricos, sin ser elegantes, sin aspirar á lucir nada cuando van á paseo, toman el sol y pasan un buen rato observando.

Un cronista debe pertenecer á esta última clase, y tener además sus puntos de filósofo; porque la filosofía, cuando no se pavonea en la cátedra ó se da tono en el libro, cuando es tratable, amena y maliciosa, puede llegar á ser hasta divertida.

Un día de sol puede, bien estudiado, darnos la clave de muchos misterios de Madrid.

Figúrense Vds., lectores americanos, que vienen á Madrid á pasar una temporada, y que me honran ustedes eligiéndome para que los acompañe á paseo, después de haber oído que el comercio, el trabajo y los negocios van mal.

Bajo estas impresiones salimos á la calle, el movimiento empieza á fascinarnos, el sol que reanima nuestras abatidas fuerzas, lleva su calor hasta nuestra alma y enciende en ella la alegría.

— ¡Es posible, exclamamos, que haya tristezas en el mundo; ó mejor dicho, es posible que no haya dinero, que los negocios vayan mal, que no se venda con un sol tan hermoso como este!

El sol es la ilusión de la riqueza para los que vivimos en la corte; para los que viven en el campo es la riqueza en... sol.

Alegres ya, porque el cuerpo agradece aquel baño de fuego que atempera, nos dirigimos (ahora es hacia Recoletos adonde se dirige la gente) nos dirigimos hacia Recoletos y nos sentamos á ver pasar á los que van á pasearse ó á lucir sus galas.

Quiero suponer que mi lector sea lectora, y que me dice á medida que pasan á nuestra vista los míseros mortales.

— ¡Ay! mire Vd. qué traje tan elegante... es de raso azul.

— Y el gaban es de terciopelo negro con azabaches.

— ¿Costará muy barato todo eso?

— No lo crea Vd., ese traje representa un dineral.

— Mire Vd. la que va detrás.

— Lleva un vestido de tórtola... de cien duros el corte.

— Y un chal...

— No es chal... chal es aquel que lleva la señora que va á su lado; lo menos ha pagado por él 4,000 reales.

— Hay muchos parecidos.

— Abunda el raso, el terciopelo, los azabaches...

— Y las piedras preciosas.

— ¡Qué lujo!

— ¡Qué boato!

— ¡Qué esplendidez!

— ¡Y qué sombreros!

— Son pequeños, pero costosos.

— ¿Cuánto calcula Vd. que valdrá lo que hay en el paseo?

— Miles de duros.

— Millones dirá usted.

— Y á propósito ¿no estábamos tristes por nuestros cálculos, por lo que nos ha dicho la banquera y el comerciante? ¿Cómo puede haber falta de dinero, cómo pueden ir mal los negocios, cómo no se vende? No es la suma total lo que vemos; y lo que vemos, ¿no representa infinitas fortunas, muchos millones?

— En efecto.

— ¿Quién puede explicarnos este enigma, descifrar este misterio?

He dicho antes que un día de sol es la clave, me he equivocado, es el enigma; la clave se halla en muchas partes; pero especialmente en los libros de caja de los comerciantes, en los bastidores del teatro donde se representa la comedia humana, es decir, en el domicilio.

No me nieguen Vds. que Madrid, mas, infinitamente mas que París y Londres, da en un día de paseo la idea de una corte esplendorosa.

— ¿Qué mujer no tiene en Madrid un vestido de seda?

— La que no sale á la calle no me podrá contestar.

Así es que las que salen y los que salen dan á entender al viajero en Madrid que estamos nadando en oro, que somos muy felices, y lo que es mas, que no tenemos nada que hacer.

Quién no se ha preguntado:

— ¿Cómo un marido y una mujer que no tienen mas que doce mil reales de renta ó de sueldo pueden vivir con lujo?

La respuesta es muy fácil, como que parece una utopía. Ya se ve que pueden vivir, pero no comer: esta es la explicación de una buena parte de los personajes de la comedia del lujo.

Cuando el huésped asiático nos visitó el otoño de 1855, averiguaron esta triste verdad algunos de los amigos de los pobres que tuvieron que prestar auxilios á las familias desvalidas.

— Me ha sucedido, he oído yo decir á uno de ellos, entrar en una casa de donde me habian pedido socorro, y encontrar en los brazos de la mas espantosa miseria á señoras que el invierno anterior habian walsado conmigo en algunos salones, que se habian despedido de mí para Vichy en el verano, y que en las primeras tardes del otoño habia visto en el Prado con vestidos de seda y sombrero de tul.

Las galas allí estaban; pero aquellas infelices (eran madre y dos hijas) no tenian mas que jergones para descansar, y el armario de la ropa blanca, ese complemento de la familia, estaba vacío. Pero ¿para qué indicar lo que faltaba en aquel misero albergue? Aquellas mujeres, por vestir galas, por lucir adornos, por cuidar el exterior, descuidaban las interioridades, y entre ellas el estómago.

La miseria dorada es mas horrible aun que la andrajosa.

Preguntad, sin embargo, á una madre: ¿por qué sacrifica Vd. la salud de su hija á ese lujo ficticio?

— Necesito casarla, contestará la madre.

Esta respuesta tan sencilla, y que halaga al pimpollo que debe la languidez de su rostro á la causa mas prosaica del mundo, es el prólogo de una existencia de mártir, porque el que siembra engaños recoge falsedades.

El misterio de una parte del lujo que se ve, aunque no descubierto, sino recordado por mí, consiste en lo que no se ve: en la miseria íntima, en la abstinencia forzosa.

Otra de las causas es la deuda.

La deuda es la hija natural del crédito.

— Puesto que las naciones la tienen, ¿por qué no hemos de tenerla nosotros? se dicen las señoras y los caballeros particulares.

Y para esto, preciso es confesarlo, es para lo que no se tiene pereza.

El comercio sigue siendo cartaginés.

Para vender caro, vende á crédito, y es tan tentador eso de ir á un bazar, escoger trajes y adornos, dar la mano al hortera que despacha, hablarle de la Patti, pagar una sonrisa, una galantería estereotipada, y todo para poder decir:

— Envieme Vd. estos géneros á casa.

El comercio, que todo lo explota, tiene domésticos con librea y los envía á las casas, en donde reciben una buena propina.

Pasa el tiempo, y cuando mas feliz se considera la dama que ha brillado en los salones y en los paseos, gracias á su hermosura y á su crédito, se halla sorprendida con una nota. Hay que pagar, y desde aquel momento cesa la tranquilidad del espíritu y se establece una lucha entre el que debe y el que pide.

Poco han dado de sí los teatros en el mes de febrero... ¡El mes es tan corto!

Sin embargo, hablaré de un melodrama que ha obtenido gran éxito y ha proporcionado grandes ganancias á la empresa del Circo.

Juan el Correo, que así se llama, es un melodrama arreglado del inglés y representado con éxito en el teatro del Circo.

Si no es el mejor de los de su clase, es por lo menos el mas completo.

Su autor ha recordado las situaciones de mas efecto de todos los melodramas, los tipos de mas relieve, y amoldando á estos con aquellos, ha formado un verdadero ramillete de efectos, que á la luz del gas *engañan*, como se dice vulgarmente.

Juan el Correo es una novela, estilo vizconde Ponson du Terrail, dividida en diez cuadros y aderezada con todos los recursos de la guardaropía. La fábula interesaría mucho si no supieran los espectadores desde el principio lo que va á suceder al fin.

De todos modos, daré una idea de ella á mis lectores.

Una jóven que se llama Clara del Bero, es hermana natural de Daniel Macín, noble escocés ó irlandés, no recuerdo bien ahora, el cual, á pesar de estar condenado á muerte, ha vuelto á su patria y se ha refugiado en la cabaña de Clara.

— Esta va á casarse con Juan el Correo, jóven franco, honrado, valiente, un buen muchacho en toda la extensión de la palabra, pero le oculta que tiene á Daniel en su casa.

Nada sucedería á pesar de todo esto, si no hubiese en el pueblo un recaudador llamado Judas Morgan, el cual, no contento con recaudar dinero, quiere tambien que Clara le ame.

Daniel, cuyos bienes están confiscados, sabe que Judas ha recaudado las rentas de sus dominios, y saliendo á su encuentro le obliga á que le entregue la bolsa ó la vida.

Judas, que en medio de todo es un filósofo, entrega la primera, Daniel regala unos cuantos billetes de banco á Clara, Clara se los enseña á Judas, este los reconoce, confirma al verlos sus sospechas de que el que le ha robado es cómplice de Juan el Correo: queriendo descubrir la verdad averigua que se oculta un hombre en la choza de Clara, delata á todos y consigue que Clara sea interrogada por la autoridad, que su novio se declare culpable sin serlo, que se lo lleven preso la noche de su boda, que asista á un consejo de guerra y que ocurran otras muchas cosas, hasta que al fin y al cabo la virtud triunfa y el vicio perece.

Hay muchas complicaciones, porque eso sí, el autor del melodrama es maestro en el arte de atar cabos y enredar madejas.

El resultado es que la fábula da lugar á que veamos en escena el coche de Juan el Correo, con su yegua y todo, las bodas de Clara, y con su correspondiente *baile*, una prision, un consejo de guerra que prueba lo que va de lo vivo á lo pintado, y sobre todo un delicioso sargento Bluides, que lo reproduce Mariano Fernandez con su gracia de siempre. ¿No es esto bastante para justificar el éxito que el drama ha alcanzado?

La señora Rodriguez y Morales hacen unos novios en extremo simpáticos; pero lo repito, en *Juan el Correo*, lo principal es lo mucho que pasa.

A falta de obras dramáticas, voy á decir á Vds. algo acerca de una contribucion que se paga sin sentir en el mundo civilizado.

Hace algunos dias que oí la siguiente conversacion.

La escena pasaba en casa de un conocido mio, propietario de uno de los mas principales cafés de Madrid. Los personajes eran él y un jóven de veinte y ocho á

treinta años, de buen aspecto, y vestido con natural elegancia, aunque su chaqueton, y despues sus palabras, indicaban que ejercia la profesion de mozo de café.

Los espectadores estaban reducidos á un espectador, ó mejor dicho, yo era en aquel momento el encargado de interpretar aquel papel de mudo.

El jóven presentó una carta al dueño del café. Este la leyó, y despues de observarle:

— ¿Conque Vd. quiere entrar á servir en mi casa? le preguntó.

— Sí, señor.

— Mi amigo dice en esta carta que es Vd. listo.

— Así parece.

— Y fiel.

— Puede Vd. informarse.

— ¿Y cuánto daría Vd. por una plaza?

Esta pregunta me llenó de asombro.

Confiesen Vds. que oír á un amo preguntar á un criado cuánto va á darle por servirle, es una cosa extraña.

El doméstico ofreció, el amo discutió el precio, y al fin y al cabo se arreglaron.

Cuando quedamos solos:

— Perdona Vd. mi indiscrecion, le dije; pero haga usted el favor de decirme en qué pais vivimos.

— En Madrid.

— ¿En qué siglo?

— En el siglo de los negocios.

— Por eso lo hace Vd. con ese mozo.

— El es quien lo hace entrando á mi servicio.

— ¿Aunque no tiene sueldo?

— Sí, señor.

— ¿Aunque le da á Vd. un tanto al mes?

— Repito que sí, señor.

— Pues, amigo mio, no lo entiendo. Ese jóven debe tener algun filon misterioso, y además, mucho amor al trabajo.

— Lo primero, no digo que no... en cuanto á lo segundo...

— ¿Y qué filon es ese?

— ¡La propina!

— ¿Tanto da?

— Es una mina inagotable, ó en otros términos, es el medio de hacer fortuna en pocos años.

La observacion me ha demostrado despues que el mozo hacia un negocio ofreciendo á mi amigo un tanto al mes por servirle y servir á sus parroquianos.

Vamos, si Vds. quieren, á dar un paseito al rededor de la *propina*, y se convencerán Vds. de que los que frecuentan los cafés pagan una contribucion que contribuye á la fortuna de los que les llaman todas las noches, y con la mayor humildad, *señorito*.

La humanidad es tal, que por el *qué dirán*, es capaz de sacrificar al lujo y á la moda el estómago y los buenos sentimientos. Desde hace algunos años fué moda dar propina en los cafés; algunos que estuvieron en París la importaron, y como los que venian de allende el Pirineo eran los figurines, la moda se extendió, y estaba muy mal visto no dar propina al mozo.

En efecto, era tan elegante, tan aristocrático eso de dar al mozo, para que cobrase el café, dos reales, y decir muy alto, sobre todo delante de gente cuando traía la vuelta:

— Guarde Vd. eso, que muchos cayeron en la tentacion, y los mozos se pusieron como unas Pascuas de alegres.

Al partir de aquel momento, la propina fué para ellos un filon, el sueldo no representaba nada al lado de aquel nuevo é inesperado ingreso de su presupuesto, y la propina llegó á ser el bello ideal de todos los pipis. ¡Ah! ¡si el admirador de don Eleuterio Crispín de Andorra hubiera levantado la cabeza! Bien es verdad que entonces hubiera preferido el amigo don Hermógenes la carrera de mozo de café.

Veán Vds. lo que son las cosas; estas ganancias avivaron los cinco sentidos de los mozos.

— Es necesario, se dijeron, que todos den propina.

Con esta resolucion se dedicaron á observar á los parroquianos, y comenzó esa lucha misteriosa entre el consumidor y el doméstico, que es en extremo curiosa y divertida, cuando no es uno víctima. Entra una persona por la primera vez en un café, y aunque ya hay mozos que conocen al vuelo con quién van á tratar, y obran en consecuencia, los menos duchos exploran el terreno.

— Mozo, un café, dice el que ha entrado y ha tomado asiento.

— ¿En taza?

— No... me gusta en vaso.

— Malo, se dice el mozo, este es un enemigo.

El *me gusta en vaso*, quiere decir al mozo que el parroquiano es hombre aprovechado, y un tanto avaricioso con sus puntos de coscon.

Si al servirle el café pide que ilustre el agua con leche ó con café, el temor de que la propina se quede en proyecto aumenta.

Si ve además que guarda los terrones en el bolsillo, su desesperacion llega al colmo.

Es preciso atacarle en toda regla, y el mozo se acerca. — Me parece que le he visto á Vd. antes de ahora, le dice poniendo una cara de las mas simpáticas.

— Puede ser.

— Y tanto... yo le he servido á Vd. antes de ahora... en otro café, se entiende. Por cierto que iba Vd. con una señora muy guapa.

Como hay muy pocos que no hayan ido al café con una señora muy guapa, el 90 por 100 sonrien ante este recuerdo.

— Fué en el café de la Luna, ¿no es verdad?

— ¡Precisamente!... Allí le querian á Vd. mucho to-

dos los camareros, y eso que apenas hablaba Vd. con ellos. Vaya, como que creo que fué Vd. el que una vez me dió dos reales de propina.

— Usted se engaña.

— Puede ser... bien es verdad que allí, lo mismo que aquí, todos eran generosos. No sé en lo que consiste, pero adonde quiera que voy, vienen en seguida una porción de conocidos... á mi me gusta servir bien, y lo de menos es la propina.

Si no emplea estos medios, busca otros; averigua si era aficionado á pescar ó á cazar, si es enamorado ó de testa al sexo bello, le lleva la corriente, le catequiza, y por si acaso, al cambiar la moneda que le da, le entrega cuartos sueltos.

Muchos se escapan á pesar de esto; pero si el mozo logra, aunque sea una modesta pieza de ocho maravedises, la considera como un triunfo; pero no da las gracias.

Los mozos han llegado á convencerse de que la propina es legítima parte de su haber, y cuando alguno no les da, le consideran como un ser ilegal, como un rebelde.

Por medio de una escala gradual, puede verse la emoción que produce en ellos la propina.

Dos cuartos: indiferencia y desprecio hácia el parroquiano.

Cuatro: dan gracias á media voz.

Un real: ante la plata se sonrien, y ya dan muchas gracias.

Dos: se deshacen en genuflexiones; al levantarse el parroquiano, le arreglan el gaban, le presentan el sombrero y le acompañan hasta la puerta.

Y así sucesivamente.

Pero ¿cómo pueden enriquecerse con tan pequeñas cantidades? preguntará el lector.

— En primer lugar, es una contribucion que á cada mozo pagan diariamente, por término medio, cincuenta ó sesenta personas, con lo cual, al cabo de un año, el camarero que lo entienda ahorra ocho ó diez mil reales, y puede comenzar á funcionar como un capitalista dentro del mismo café.

— ¿De qué modo?

— Dando liquido á crédito, prestando dinero á los parroquianos que no son insolventes; de cualquiera de estos dos modos saca al dinero un cincuenta por ciento, y *ainda mais*, como dicen los lusitanos.

¿No sucede lo mismo por ahí? Apuesto á que me contestan Vds. afirmativamente.

Me acuerdo que hace dos ó tres años, un mozo de un café adonde yo solía ir, se acercó una noche á mi mesa, y con esa franqueza propia de nuestro carácter, me preguntó cuál era la mejor carrera.

— ¿Piensa Vd. seguir alguna? le dije.

— No; pero tengo un hijo, y desearia darle una carrera de las mejores. El muchacho empieza ya á hacer coplas, y...

— ¿Quería Vd. que siguiera la carrera de poeta?

— Pues.

— Esa es hoy día una carrera de lujo.

— Eso no importa, si al muchacho le pinta bien.

— Perderá el tiempo y no ganará un cuarto.

— Lo último no hace falta, es mi único hijo, y si la cosa sigue como hasta ahora, cuando yo cierre el ojo, no le faltará nada. Tengo una casa en la calle del Pez, soy uno de los acreedores del Estado, y puede ser que el día menos pensado ponga un café.

— Eso se llama ser rico.

— Algo tengo.

— ¿Y lo ha hecho Vd. con su carrera?

— Sí, señor; cuando entré á servir, no tenia un solo céntimo.

— Pues haga Vd. que su hijo estudie la carrera de mozo de café.

Se acabaron los tiempos en que Orfeo con su lira edificaba murallas; hoy con la poesía se destruyen las propiedades. Pero como este mozo hay muchos: en el Suizo, sin ir mas lejos, tienen Vds. dos ó tres camareros, el que menos, y solo con ahorros, ha hecho en cuatro ó cinco años, seis á siete mil duros.

¡Contrastes de la vida! Allí no pocos hombres de talento, con nombres distinguidos, pero pobres y algunos dias enteramente exhaustos, se hacen servir el vaso de agua con azucarillos, que es lo mas mínimo que puede tomarse, por mozos que, sirviendo cafés y medias copas, han llegado á reunir una tras otra seis ó siete mil monedas de veinte reales.

Haciendo un cálculo aproximado, puede decirse que en Madrid entran al dia en el café y toman algo 40,000 personas: la propina produce lo menos 40,000 reales diarios, que pagamos sin quejarnos.

Pero aunque en el café es en donde la propina tiene su origen, tambien produce fuera.

El cochera os la pide, el mozo de cordel os la suplica, en la peluquería os la hacen alforjar entrando en relaciones con vosotros desde el primer momento; en la fonda sucede lo que en el café... pero ¡para qué enumerar á los pedigüeños! no hay persona que no sacrifique al año el 20 ó 25 por 100 de su haber. Para concluir, voy á citar la frase de un camarero de café, que es quien ha propagado en Madrid la costumbre de pagar á la inglesa.

— Ten cuidado, le dijeron, no te se vayan á volver ingleses los parroquianos.

— Mientras pagan bien, gano; si alguno se hace inglés, con traducirlo ante el juzgado basta.

De todos modos, la costumbre inglesa es un nuevo filon para ellos: antes tomaban cuatro ó cinco, y el que pagaba cumplia con medio real. Hoy los cinco abonan

su parte, y la propina no baja de dos reales. Los ingleses lo entienden.

— Parece que han sido todos mozos de café, contestó el camarero.

Y con esto no cansa mas su afectísimo

JULIO NOMBELA.

Madrid 28 de febrero de 1867.

Galería de celebridades contemporáneas

TEÓFILO GAUTIER.

Al tomar la pluma comprendo que anduve un tanto ligero, cuando prometí escribir las líneas que deben acompañar á mi retrato, dibujado por Mouilleron con vista de la excelente fotografía de Bertall. Al primer pronto parecia muy sencillo redactar estos apuntes: ¿quién mas y mejor enterado que uno mismo? Pero el caso es que una vez emprendida la obra, observo que no estoy tan bien informado acerca de mí, como lo habia creído. El semblante que uno mira menos es el semblante propio. Mas en fin, he prometido y debo cumplir mi palabra.

En diversas noticias leo que yo he nacido en Tarbes el 31 de agosto de 1808. La cosa no tiene importancia, pero lo cierto es que vine al mundo el 31 de agosto de 1811, lo que me da una edad bastante respetable ya para que pueda contentarme con ella. Tambien se ha dicho que principié mis estudios en la misma ciudad y que en 1822 entré á concluirlos en el colegio de Carlomagno. Los estudios que pude yo hacer en Tarbes se reducen á poquisimo, pues tenia yo tres años cuando mis padres me trajeron á Paris, con gran sentimiento mio, y no he vuelto al lugar de mi nacimiento sino una sola vez, para pasar allí veinte y cuatro horas, hace seis ó siete años. ¡Cosa singular para un niño tan tierno! La estancia en la capital me causó una nostalgia bastante intensa para infundirme ideas de suicidio. Despues de haber arrojado mis juguetes por la ventana, los habria seguido si por fortuna, ó por desgracia, no me hubiesen agarrado de la chaqueta. No conseguian dormirme sino diciéndome que era preciso descansar para madrugar al otro dia y emprender el viaje á Tarbes. Como no sabia yo mas que el dialecto gascon, me parecia estar en el extranjero, y una vez que mi niñera me tenia en brazos, habiendo oido á unos soldados que pasaban hablando aquel dialecto que era para mí la lengua materna, exclamé: « Vámonos con ellos; estos son de los nuestros. »

No se ha borrado del todo semejante impresion, y aunque, salvo el tiempo gastado en viajes, he vivido siempre en Paris, no he perdido mi fondo meridional. Verdad es que mi padre habia nacido en el condado Venasin, y no obstante una buena educacion, siempre se daba á conocer en su acento por un antiguo súbdito del papa. Muy á menudo se pone en duda la memoria de los niños. La mia era tal, y la configuracion de los lugares se habia grabado en ella de tal modo, que al cabo de mas de cuarenta años pude reconocer en la calle que conduce al Mercadieu la casa donde nació. El recuerdo de los perfiles de montañas azules que aparecen al cabo de cada callejuela y de los arroyuelos que corren en todos sentidos por la poblacion, no me ha salido nunca de la cabeza y á menudo me ha entristecido en las horas melancólicas.

Para concluir con estos pueriles pormenores, diré que he sido yo un niño mediatubundo y enfermizo y de un color aceitunado que asombraba á mis compañeros rosados y blancos. Parecia un extranjero, friolento y nostálgico, enviado á Francia á hacer su educacion. A la edad de cinco años sabia leer, y desde aquel tiempo puedo decir como Apeles, *nulla dies sine linea*. Permítaseme sobre este punto intercalar aquí una corta anécdota. Cinco ó seis meses hacia que me enseñaban á deletrear con poco éxito; no mostraba yo disposiciones para el *ba, be, bi, bo, bu*, cuando un dia de año nuevo el caballero de Port de Guy, del que habla Victor Hugo en los *Miserables*, me regaló un libro perfectamente encuadernado y con cortes dorados, y me dijo: « Guárdale para el año próximo, puesto que no sabes leer todavía. » Yo respondí, pálido de cólera: « Sé leer; » y me fuí con el tomo á un rincón, y los esfuerzos que hice de voluntad y de inteligencia fueron tan grandes, que logré descifrarle de la cruz á la fecha, y conté el asunto de que trataba al caballero á su primera visita.

Este libro era *Lydie de Gersin*. El sello misterioso que me cerraba las bibliotecas habia sido roto. Dos cosas me han espantado siempre, y es que aprenda un niño á hablar y á leer; con estas dos llaves que lo abren todo, lo restante nada significa. La obra que me produjo mayor impresion fué el *Robinson Crusoe*. Me volvia loco; no soñaba mas que con islas desiertas, y una vida libre en el seno de la naturaleza, y bajo la mesa del salón me edificaba yo chozas con leños de la chimenea y allí pasaba horas y horas. Posteriormente, *Pablo y Virginia* me sumergieron en una embriaguez sin igual, que no me causaron, cuando fui hombre, ni Shakspeare, ni Goethe, ni lord Byron, ni Walter Scott, ni Chateaubriand, ni Lamartine, ni aun Victor Hugo, que era la adoracion de la juventud en aquella época. Y al través de todo esto y bajo la direccion de mi padre, excelente humanista, comencé el latin, y en mis horas de recreo

hacia naves con toda su arboladura, cuyos modelos copiaba á la pluma de las aguas fuertes de Ozanne. ¡Cuántas horas he pasado trabajando un leño y vaciándole con fuego al modo de los salvajes! ¡Qué de pañuelos he sacrificado para hacer velas! Todo el mundo creia que yo iba á ser marino, y á mi madre le desesperaba ya una vocacion que en un tiempo dado debia apartarme de ella. Esta afición infantil me ha dejado el conocimiento de todos los términos técnicos de marina. Uno de mis buques, con las velas bien orientadas, el timon fijo en una direccion conveniente, tuvo la gloria de atravesar solo el Sena mas arriba del puente de Austerlitz. No hubo triunfador romano mas orgulloso que yo.

A los navios sucedieron los teatros de madera y de carton, cuyas decoraciones era preciso pintar, lo que inclinó mis ideas hácia la pintura. En esto cumplí ocho años y me enviaron al colegio Luis el Grande donde se apoderó de mí una desesperacion invencible. La brutalidad y la turbulencia de mis compañeros de presidio me causaba horror. Me moria de frio, de enojo y de aislamiento entre aquellas altas y tristes paredes, donde bajo el pretexto de acostumbrarme á la vida de colegio, me destacaron un inmundo perro que era mi verdugo. Le cobré un odio que no se ha amortiguado aun; si hoy pudiera reconocerle le mataria donde acertara á encontrarle.

Todas cuantas provisiones me traia mi madre se enmohecian en mis bolsillos, y por lo que toca al alimento del refectorio, mi estómago no le podia soportar, así es que me puse tan desmejorado que el director se alarmó: estaba yo allí como una golondrina presa que se deja morir de hambre, y á todo esto es de advertir que se hallaban muy contentos de mi trabajo y prometia yo ser un brillante alumno, si es que vivia. Preciso fué sacarme, y concluí el resto de mis estudios en Carlomagno, en clase de *externo libre*, título que me envalencia sobremanera. Mi padre me repasaba las lecciones, y en realidad él fué mi único maestro. Si tengo alguna instruccion y algun talento, se los debo á él. No fui mal discípulo, pero tuve caprichos singulares que no siempre agradaban á los profesores. Enjaretaba los asuntos de versos latinos en todos los metros imaginables, y me complacia en imitar los estilos que llaman en el colegio de la decadencia. Cuando me acusaban de barbarie y de africanismo, lo tomaba como una lixionja. Hice pocos amigos en las clases, si se exceptúan Eugenio de Nully y Gerardo de Nerval, célebre ya en Carlomagno por sus odas nacionales que corrian impresas. Además de mis latinos decadentes, estudiaba los antiguos autores franceses. Villon y Rabelais sobre todo, que aprendí de memoria; dibujaba y hacia versos franceses: la primera composicion de que me acuerdo era el *Fleuve Scamandre*, inspirada sin duda por el cuadro de Lancrenon; luego hice traducciones y mas tarde un poema sobre el Rapto de Elena. Todo esto se perdió, sin que la pérdida sea grande. Una cocinera antiliteraria chamuscó gallinas con estos papeles, no queriendo emplear en ello papel blanco. Ningun recuerdo agradable me queda de aquellos años de colegio.

Mientras estaba en la clase de retórica me entró la afición á nadar, y pasaba en la escuela Petit todo el tiempo que mis estudios me dejaban libre. Mi ambicion era llegar á ser un *caleçon rouge*, y es la única de mis ambiciones que se haya realizado. Entonces no se me habia ocurrido aun ser escritor; mi afición me inclinaba mas bien á la pintura, y antes de haber concluido la filosofía, entré en casa de Rioult que tenia su estudio en la calle de Saint-Antoine, cerca del templo protestante y no muy lejos de Carlomagno, lo que me hacia mucho al caso. Rioult era un hombre muy feo y muy chistoso que, por causa de parálisis, tenia que pintar con la mano izquierda, como Jouvenet. Lo primero que hice mereció sus elogios. Sin embargo, las alabanzas eran prematuras. El primer modelo de mujer no me pareció hermoso, y me dió un solemne chasco, tanto es verdad que el arte embellece á la naturaleza mas perfecta. Y no obstante, era una muchacha guapa, cuyas líneas elegantes y puras pude apreciar mas tarde por comparacion; pero el caso es que en virtud de aquella impresion, he preferido siempre la estatua á la mujer y el mármol á la carne. Mis estudios de pintura me hicieron observar un defecto que ignoraba; y es que era yo corto de vista. Cuando estaba en primera línea, todo iba bien; pero cuando la suerte me enviaba al fondo de la sala, no bosquejaba mas que masas confusas.

Vivia yo entonces con mis padres en la Plaza Real número 8, en la esquina de la hilera de arcos donde está la alcaldía. Si apunto este detalle, no es para indicar á las generaciones venideras una de mis moradas, pues no soy de aquellos cuya casa señalará la posteridad con un busto ó una placa de mármol; sino porque esta circunstancia influyó mucho en la direccion de mi vida. Victor Hugo, pasado algun tiempo de la revolucion de julio, tomó habitacion tambien en la Plaza Real número 6. Podiamos hablar de balcon á balcon. Yo fui presentado á Victor Hugo en la calle Juan Goujon, por Gerardo y Petrus Borel, el licántropo, y solo Dios sabe con qué temblor y con qué angustia. Mas de una hora estuve sentado en la escalera con mis dos acompañantes, suplicándoles que esperasen á que me serenase un poco. Hugo se hallaba entonces en toda la fuerza de su gloria. Admitido á presencia del Júpiter romántico, no supe decir ni siquiera lo que dijo Enrique Heine delante de Goethe: « Que las ciruelas eran buenas para la sed en el camino de Iena á Weymar. » Pero ni los dioses ni los reyes desdeñan estos excesos de timidez admirativa: al contrario, se complacen en que la gente se desmaye delante de ellos. Hugo se dig-



Su Majestad el rey de Prusia abriendo el Parlamento de los Estados de la Confederación del Norte, en la Sala Blanca del palacio de Berlín.

GALERIA DE CELEBRIDADES CONTEMPORANEAS



TEOFILO GAUTIER

nó sonreirme y me dirigió algunas palabras bondadosas. Era la época de los ensayos de *Ermani*. Gerardo y Petrus respondieron por mí y recibí uno de aquellos billetes encarnados, marcados con la palabra española: *hierro*. Se creía que la representación sería tumultuosa y se necesitaban jóvenes entusiastas para aplaudir el drama. El odio entre clásicos y románticos era tan vivo como el de los güelfos y los gibelinos. El triunfo fué estrepitoso como una tormenta, con silbidos, relámpagos y rayos. ¡Todo un teatro levantado por la frenética admiración de los unos y la ira tenaz de sus contrarios! En aquella función vi por primera vez á madama Emile de Girardin, vestida de azul, con su cabello peinado en larga espiral de oro, como en el retrato de Hersent. Ella aplaudía al poeta por su genio, y á ella la aplaudían por su hermosura. Desde aquella noche fuí considerado como un neófito de buena ley, y obtuve el mando de un peloton al que repartía los billetes rojos. Se ha dicho y anda impreso que en las batallas de *Ermani* yo aplastaba á los recalcitrantes con mis enormes puños; ganas no me faltaban, pero sí me hacían falta puños. Tenía yo apenas diez y ocho años, era delicado y endeble, y mis manos cabían en guantes de siete y cuarto. Después hice todas las grandes campañas románticas. Al salir del teatro escribíamos en las paredes « Viva Victor Hugo, » para propagar su gloria y hacer rabiar á los filisteos. Era una adoración la que teníamos á Hugo. Nos sorprendía verle andar con nosotros por la calle como un simple mortal, y nos parecía que no habría debido mostrarse sino en un carro de triunfo con cuatro caballos blancos y una victoria alada llevando una corona de oro sobre su cabeza. A decir verdad, no he cambiado de modo de pensar, y mi edad proveya prueba la admiración de mi juventud. Y á todo esto yo componía versos, y muy luego tuve bastantes composiciones para formar un tomito con muchas páginas blancas y muchos epígrafes extraños en toda clase de lenguas, que por cierto ignoraba, según la moda de la época. Mi padre costeó la publicación, Rignoux me imprimó, y con la oportunidad y el acierto de las conmociones políticas que me caracterizan, vine á presentarme en el pasaje de los Panoramas, en casa del editor Marie, justamente el 28 de julio de 1830. No tengo necesidad de añadir que mi editor no vendió muchos ejemplares de aquel volumen con cubierta de color de rosa, que se titulaba modestamente *Poesías*.

Viviendo tan cerca del ilustre jefe romántico, mis relaciones con él y con la escuela fueron naturalmente mas frecuentes. Poco á poco descuidé la pintura y me incliné hácia las ideas literarias. Hugo me quería bastante y permitía que me sentara como un page familiar en las gradas de su trono feudal. Embriagado con tal favor quise merecerle y puse en verso la leyenda de *Albertus* que reuní con otras composiciones al tomo que habia naufragado en la tormenta, y cuya edicion estaba casi intacta. Esta obrita, que ha venido á ser rara, tenía un agua-fuerte ultra-excéntrica de Celestino Nanteuil. Esto pasaba por los años de 1833. Me pusieron el sobrenombre de Albertus y apenas me designaban de otro modo entre los románticos. En casa de Victor Hugo hice conocimiento con Eugenio Renduel, el librero á la moda, el editor del cabriolé de ébano y acero; y el tal editor me pidió que le hiciera alguna cosa, porque yo le parecia « un hombre extravagante. » Con efecto, le hice les *Jeune France*, especie de preciosas ridículas del romanticismo, y luego *Mademoiselle de Maupin*, cuyo prólogo suscitó las iras de los periodistas, á quienes trataba yo de mala manera. En aquel tiempo considerábamos á los críticos como unos monstruos, y los llamábamos eunucos. Después he vivido con ellos y he podido convencerme de que no eran tan negros como parecían, y que hasta tenían talento.

Por entonces vine á dejar el nido paterno y me fuí á vivir al callejon del Doyenné, donde habitaban tambien C. Rogier, Gerardo de Nerval y Arsene Houssaye, todos ellos juntos en un caseron viejo cuyas ventanas caían á un terreno lleno de piedras labradas, de árboles y de ortigas: era aquello la Tebaida en medio de Paris. En aquella sala de la calle del Doyenné, sala donde los refrescos se reemplazaban con los frescos, se dió el célebre baile de trajes en el que ví por primera vez al pobre Roger de Beauvoir, que acaba de morir después de haber padecido tanto, cuando se ballaba en todo el brillo de sus triunfos, de su juventud y de su hermosura. Llevaba un magnífico traje veneciano á la moda de Pablo Veronés: túnica de damasco verde con ramaje de plata, gorro de terciopelo nacarado, calzon encarnado de seda y cadena de oro al cuello; estaba soberbio, y animado y decididor que daba envidia. En aquella fiesta Eduardo Ourliac, que mas tarde murió siendo muy devoto, improvisaba con una sal cómica siniestra aquellas mordaces caricaturas en las que aparecían ya el hastío del mundo y de las ridiculeces humanas.

Ya en aquella reducida habitacion de la calle del Doyenné, que no es en el dia mas que un recuerdo, J. Sandeau vino á buscarnos de parte de Balzac, para escribir en la *Chronique de Paris*, donde insertamos la *Morte amoureuse* y la *Chaîne d'or ou l'Amant partagé*, sin contar un crecido número de artículos de crítica. Tambien dimos á la *France littéraire*, dirigida por Carlos Malo, unas noticias biográficas de la mayor parte de los poetas maltratados por Boileau y que fueron reunidas con el título de *Grotesques*. Por entonces (1836) entramos en la *Presse*, que se acababa de fundar, en clase de crítico de arte. Uno de nuestros primeros artículos fué una apreciación de las pinturas de Eugenio Dela-

croix, en la Cámara de diputados. No obstante estas tareas, componíamos un nuevo tomo de poesías titulado: la *Comédie de la Mort*, que se publicó en 1838. *Fortunio*, que es del mismo tiempo, se insertó primeramente en el *Figaro* en folletines que se cortaban del periódico y formaban libro.

Aquí concluye mi vida feliz é independiente. Me encargaron el folletin dramático de la *Presse*, que hice en un principio con Gerardo y luego solo. El periodismo para vengarse del prólogo de *Mademoiselle de Maupin*, me unció á su carro. ¡Qué de vueltas he dado, qué de cubas he sacado de esas norias semanales ó cotidianas, para verter el agua en el tonel sin fondo de la publicidad! Trabajé en la *Presse*, en el *Figaro*, en la *Caricature*, en el *Musée des Familles*, en la *Revue de Paris*, en la *Revue des Deux Mondes*, en todas las publicaciones de la época. Mi físico se habia modificado mucho á consecuencia de ejercicios gimnásticos, y me habia puesto robusto y vigoroso, tanto que los atletas me admiraban. Tenia por maestro de pugilato y de baston á Carlos Lacour, montaba á caballo con Clopet y Victor Franconi, remaba bajo la dirección del capitán Lefevre, y no faltaba á ningun espectáculo público de desafíos y de combates. Mi fuerza vino á ser proverbial. En mayo de 1840 salía para España, y hasta entonces no habia dejado la Francia sino para hacer una corta excursión á Bélgica. No puedo describir el encanto que produjo en mí aquella poética comarca entrevista al través de los *Cuentos de España y de Italia* de Alfredo de Musset y las *Orientales* de Victor Hugo. Allí me parecia estar en mi verdadera patria. Después no he tenido otra idea que la de reunir algun dinero y marchar: la pasión ó la manía del viaje se habia desarrollado en mí. En 1845, en los meses mas tórridos del año, visité toda el Africa francesa, y en pos del mariscal Bugeaud, hice la primera campaña de Kabalia contra Bel-Kassem, y tuve el placer de fechar en el campamento de Ain-el-Arba la última carta de Edgard de Meilhan, cuyo personaje desempeñaba yo en la novela epistolar de la *Croix de Berny*, escrita en colaboración con madama de Girardin, Mery y Sandeau.

No hablaré de mis rápidas excursiones á Inglaterra, Holanda, Alemania y Suiza. Recorrí la Italia en 1850 y fuí á Constantinopla en 1852. Estos viajes se hallan resumidos en volúmenes. Mas recientemente, una publicación artística cuyo texto debia escribir yo, me envié á Rusia en medio del invierno, y pude saborear las delicias de la nieve. El verano siguiente llegué hasta Nijni-Novgorod, en la época de la feria, y este es el punto mas distante de Paris en que me he encontrado. Si hubiese sido hombre de fortuna, habria vivido viajando. Sin esfuerzo alguno me acostumbro á la vida de los diferentes pueblos. Soy ruso en Rusia, turco en Turquía, español en España, adonde he vuelto muchas veces por pasión á las corridas de toros; lo que me ha valido que me llamen en la *Revue des Deux-Mondes* « un ser grueso, jovial y sanguinario. »

Gustábanme mucho las catedrales góticas, á causa de Nuestra Señora de Paris, pero la vista del Partenon me curó de la enfermedad gótica, que jamás en mí fué muy honda. He escrito un *Salon* de unos veinte artículos, casi todos los años de exposicion desde 1835, y continúo en el *Moniteur* la tarea de crítico de arte y de teatro que me ocupaba en la *Presse*. He dado los argumentos de varios bailes representados en la Opera, entre otros, *Giselle* y la *Peri*, donde Carlota Grisi conquistó sus alas de bailarina; en varios teatros han representado mis obras: el *Tricorné enchanté* y *Pierrot Posthume*, y para el Odeon he compuesto prólogos y discursos de apertura. En 1852 publiqué otro tomo de poesías: *Emaux et camées*. Sin ser novelista de profesion, no he dejado por eso de dar á luz una docena de ellas, á saber: les *Jeune France*, *Mademoiselle de Maupin*, *Fortunio*, les *Roués innocents*, *Militona*, la *Belle Jenny*, *Jean et Jeannette*, *Avatar*, *Jettatura*, el *Roman de la momie*, *Spirite*, el *Capitaine Fracasse*, letra de cambio de mi juventud pagada por mi edad proveya. No cuento una innumerable cantidad de artículos sobre toda clase de asuntos. En suma, un total como de trescientos volúmenes, lo que hace que todo el mundo me llame perezoso y me pregunte en qué me ocupo. Hé ahí, verdaderamente hablando, todo lo que sé sobre mí mismo.

TEÓFILO GAUTIER.

Revista de Paris.

Años hace ya que repetimos que la cuaresma no interrumpe en Paris las diversiones del gran mundo, pues si bien es verdad que se acaban los bailes de la corte, y en general las grandes fiestas oficiales, las reuniones particulares continúan con mas furor que nunca, y aun en Tulle-rias los conciertos espirituales son tambien motivo de reunion durante los cuarenta dias. Tambien tenemos dicho que esto no obsta para que esa parte aristocrática de la poblacion que se muestra tan apegada á sus placeres, concurra igualmente á los templos; siempre demasiado estrechos para la multitud que acude á oír á los predicadores de fama. Todavía resuena en las góticas bóvedas de Nuestra Señora la inspirada voz del P. Jacinto, cuyas conferencias habrán leído los suscritores á la parte política del *Correo de Ultramar*, cuando ya otro orador no menos célebre, el P. Félix,

cautiva á sus oyentes con otra série de discursos no menos interesantes y profundos. El P. Jacinto ha tratado la cuestion de la felicidad conyugal bajo todas sus fases, y su sucesor en el púlpito se ha propuesto por asunto lo bello, lo verdadero y lo bueno con relacion al arte. ¿Qué cuestiones mas palpitantes es posible ofrecer á ningun auditorio? Asi los parisienses se apresuran á escuchar la palabra de tan insignes oradores.

Pocos dias nos separan ya del 1º de abril, esto es, de aquel en que ha de tener lugar la inauguracion de la Exposicion universal de 1867. Los que han visto últimamente el estado de las obras, consideran que forzosamente la ceremonia de la inauguracion deberá aplazarse, tan grande es el atraso que se nota, tanto en la colocacion de los productos como en la conclusion del parque y de las construcciones que contiene; pero no obstante, es seguro que la Exposicion se abrirá el dia prefijado, sin perjuicio de continuar trabajando después hasta llegar al arreglo definitivo.

Entre las fiestas que con este motivo se preparan, se habla de un festival internacional, en el que se cantarán los coros generales siguientes:

« ¡Bebamos, bebamos! » coro compuesto por Rossini para los orfeones, y que se ha de cantar especialmente en el festival internacional; « Paris » y « Francia, » por Ambrosio Thomas; « Anibal atravesando los Alpes » por F. Bazin; « Plegaria antes del combate, » por F. Kucken; « el Arca, » por Camilo de Vos; « Domine salvum, » por Ch. Vervoitte; « Concordia, » de Mozart; « el Cazador negro, » de Weber, y la « Plegaria de José, » de Mehul.

El comité artístico del festival internacional y de los concursos, se compone de M. Ambrosio Thomas, miembro del Instituto, presidente; M. Berlioz, miembro del Instituto; M. G. Kastner, miembro del Instituto; M. F. Bazin, profesor del Conservatorio y director del orfeon de la ciudad de Paris, M. E. Reyer; M. Camilo de Vos, M. Delsarte y M. E. Boulanger, compositores de música, M. Ermel, miembro de vigilancia de la enseñanza del canto en las escuelas de Paris, M. Vervoitte, maestro de capilla de San Roque y presidente de la Sociedad académica de música sagrada, y M. F. Vaudin, director y redactor en jefe de la *France Chorale*.

En todas las grandes ciudades de Europa se habla de la Exposicion universal de 1867 como de un gran acontecimiento, y en todas partes se proyectan viajes, que van á convertir á Paris este verano en un campamento de pueblos extranjeros. Comprendiendo el gobierno francés que hay clases inteligentes entre las clases pobres, que necesitarán una proteccion especial para venir igualmente á estudiar este gran concurso de todos los paises del globo, ha nombrado una comision encargada de fomentar las visitas de obreros, la cual ha tomado para este fin diferentes medidas.

El terreno puesto á disposicion de esta comision por el prefecto del Sena, es de 10,000 metros y representa un alquiler de 18,000 francos. Este terreno se halla situada entre la avenida Labourdonnaye y la avenida Rapp, cerca del Campo de Marte. En las construcciones que se elevarán aquí, una cama costará 63 céntimos cada noche: la compañía de camas militares, las suministrará todas á razon de 35 céntimos por pieza y por dia, incluso el lavado una vez por semana.

En las inmediaciones de la Exposicion habrá un restaurant inmenso donde se darán comidas de 90 céntimos á 1 franco. Las empresas de los ferro-carriles franceses han rebajado, aunque solo para los obreros de su nacion, los precios de billetes de ida y vuelta. El prefecto del Sena ha mandado establecer en la calle de Sèvres una enfermería modelo, donde los obreros que caigan enfermos durante su visita á la Exposicion, serán cuidados gratuitamente.

Los recursos con que cuenta la comision son estos: 15,000 francos que han dado el emperador y la emperatriz, 60,000 de doce comerciantes de Paris, 10,000 afectados por la comision general de la Exposicion, y 18,000 procedentes de una suscripcion entre los miembros de la comision misma. Además se ha pasado una circular á los comités departamentales para que reunan lo que les sea posible con el objeto.

Todo lo que llevamos dicho se destina especialmente á los obreros franceses; pero no por esto se olvida á los extranjeros. Inglaterra anuncia que enviará sobre 50,000 obreros á ver la Exposicion, Prusia 10,000, y con tal motivo se ha ordenado ya la construccion de casas de madera para albergar á esta inmensa muchedumbre de gente trabajadora.

El populacho de Paris ha tenido esta semana uno de esos espectáculos que le remueven profundamente, la ejecucion del desdichado Lemaire, el asesino de la viuda Rainville, la prometida esposa de su padre, de cuyo crimen hemos hablado ya á nuestros lectores.

Al bosquejar la fisonomía de este criminal célebre, hicimos resaltar su sangre fria, su audacia, su cinismo, y sobre todo el vehemente deseo de que parecia sentirse animado, para que le llevaran cuanto antes al patibulo. Si algo ha temido después de su sentencia á la pena capital, ha sido el perdón; y bajo este concepto ni quiso apelar del fallo, ni firmar la súplica recomendándose á la clemencia del Emperador. Sin embargo, en los últimos dias se modificó sensiblemente su manera de ser, así como su lenguaje. No era ya aquel individuo que cantaba sin cesar en la Conserjería, que mostraba tan repugnante desenvoltura ante sus jueces, y que hacia alarde en sus palabras de una desvergüenza tan vulnerable: lo único que nunca le abandonó fué su resolucion de morir; pero tambien es verdad que mos-

traba menos irritacion contra su padre y contra la memoria de su infortunada víctima.

Algunos periódicos dicen que cediendo á las exhortaciones de M. Croze, capellan de la cárcel, habia consentido en confesarse y tomar la comunión; pero otros aseguran que no hay nada de esto, y que en sus conferencias con el abate Croze, Lemaire no aceptaba que le hablase de cosas religiosas.

Sea como quiera, cuando llegó el momento en que le despertaron, anunciándole que habia llegado su hora, Lemaire exclamó con alegría:

— ¡Gracias á Dios! tiempo era ya; hace que estoy aquí mas de una semana.

Los horribles preparativos de la ejecucion no le conmovieron en manera alguna; su espíritu estaba tan sereno, que acordándose de que habia nacido el 18 de marzo de 1847, murmuró:

— Si hubieran pasado diez dias mas, habria cumplido yo los veinte años.

Lemaire estaba pálido; pero sin embargo, todos los presentes testifican que su rostro tenia una expresion de júbilo sorprendente.

El reo llegó al patíbulo y subió las gradas con una entereza extraordinaria: á las seis en punto su crimen estaba expiado.

La muchedumbre que acudió á esta ejecucion era inmensa. Hacia noches que miles de personas estacionaban delante de la plazuela donde levantan el cadalso, tal era el deseo de no perder la vista de semejante espectáculo. ¡A tristes reflexiones da lugar esta curiosidad de las masas!

Los enemigos de la pena de muerte no dejan de hacerla valer en favor de sus teorías abolicionistas, y no creemos por cierto que andan descaminados.

Pasando á otras noticias, tenemos que señalar aquí la desaparicion, ocurrida tambien esta semana, de uno de esos hombres verdaderamente originales, pues con efecto, mucha originalidad se necesita para llamar con ella la atencion en las calles de esta Babilonia del siglo XIX. Este á quien nos referimos era un anciano delgado y macilento que andaba siempre vestido con un uniforme á la antigua usanza y que se llamaba M. de Lamothe. Parece ser que habia servido en el ejército belga, en el que llegó á ser coronel, hé aqui de qué modo:

Era en el mes de setiembre de 1830, cuando acababa de estallar la revolucion. La juventud de Maubeuge estaba alborotada, y Lamothe, que era valiente y hablaba con ardor, supo atizar tan bien el fuego del patriotismo, que una tarde se decidió que marcharian á Mons los patriotas, para libertar á esta ciudad de la ocupacion holandesa. Inmediatamente se citaron para el otro dia en el sitio llamado los Quatre-Pavés, entre Maubeuge y Avesnes.

El dia prefijado, y á la hora convenida, Lamothe, montado en un caballo blanco, llega al punto susodicho, con uniforme de general, la espada desenvainada y echando fuego por los ojos; mas hé aqui que mirando á todos lados, no descubre á nadie.

— ¿Qué es esto? exclama; ¿se han burlado de mí? Esperemos.

Espera una hora, dos, y no asoma un alma.

Llega la noche y siempre la misma soledad.

Nuestro hombre no se acobarda por esto; antes bien, su entusiasmo se exalta mas y mas, y ensoberbecido exclama diciendo:

— ¡Cobardes! ¡Me han abandonado! Pues no importa; iré yo solo, y tomaré la ciudad de Mons.

¿Comenzó entonces la locura que se ha atribuido despues al coronel Lamothe?

Sin responder á esta pregunta, diremos que el animoso jóven arranca al galope, y una hora despues llega á las puertas de la ciudad de Mons, donde penetra majestuosamente, siempre con su espada desenvainada, y dejando atónitos á los centinelas que le miran pasar preguntándose quien puede ser aquel general desconocido.

Llegado ante las Casas consistoriales, Lamothe se apea de su caballo, arroja las bridas al centinela que se hallaba al pié del peristilo, y preguntando por el oficial que mandaba la guardia, se va á él y le dice:

— Capitan, los franceses me siguen, dentro de una hora estarán á las puertas de la ciudad, y es menester que sepa el burgomaestre que necesito en este mismo instante diez mil raciones.

Y dijo esto con un tono tan imperativo, que el oficial holandés, sin esperar otras órdenes, creyendo que tenia ya encima diez mil franceses, hizo el saludo militar, y se apresuró á tomar las de Villadiego. Claro es que no entregaron las raciones; pero es lo cierto que una hora mas tarde no habia un solo holandés en la ciudad de Mons. El cuerpo de guardia de que se habia apoderado Lamothe fué el último que evacuaron.

Esta retirada inesperada infundió ánimo á la poblacion: el burgomaestre, á la cabeza de su consejo municipal, se llegó respetuosamente á Lamothe y le pidió sus órdenes:

— No tengo otras órdenes que daros, respondió Lamothe, sino que levanteis inmediatamente los puentes levadizos de la ciudad.

Y de este modo Lamothe se hizo célebre, apoderándose él solo de una ciudad fuerte, y guardada por una guarnicion importante.

En recompensa de tan gloriosa conducta, añade el periódico de donde tomamos esta anécdota, el gobierno belga le autorizó para usar durante toda su vida el uniforme mili-

tar, y le concedió una pension que ha cobrado hasta su muerte.

¿Por qué vino este hombre á Paris, y ha vivido siempre como un ser estrambótico? Aquí está el misterio cuyo velo no ha conseguido desgarrar la crónica.

Los diarios de Paris se vienen ocupando mucho estos últimos dias de un proyecto de ley presentado por el gobierno al Cuerpo legislativo, para conceder á M. de Lamartine una suma de 400,000 francos á título de recompensa nacional, y no todos ellos celebran la medida. Los opositoristas traspasan, sin embargo, los límites de lo permitido, maltratando sobremanera al poeta necesitado á quien llaman «ilustre pordiosero;» pero la opinion general es favorable á la idea del gobierno. Hé aqui los motivos en que el proyecto se funda:

«La ley de 3-22 de agosto de 1790 dice: «Todo ciudadano que ha servido, defendido é ilustrado á su patria, ó que ha dado un gran ejemplo de adhesion á la cosa pública, tiene derechos á la gratitud de la nacion, y segun la naturaleza y duracion de sus servicios, puede aspirar á las recompensas.»

«La Francia, en efecto, se ha mostrado siempre deseosa de cumplir los deberes de la gratitud nacional con nuestros conciudadanos que figuran en el número de sus glorias, sea en lo civil, en lo militar, ó en las letras, las ciencias y las artes. En esta lista de honor se leen los nombres de Cuvier, Jourdan, Danremont, Jussieu, Daumesnil, Champollion, Combes, Vicat, Duperré, Eugenio Burnouf, Bosquet y Felipe de Gerard. Pero los poderes públicos han deplorado á menudo que su solicitud hubiera llegado tardé, y solo en favor de las familias de los que ya no existian: así se manifestó en Inglaterra el sentimiento público, despues de la muerte de los dos Pitt, que habiendo descuidado siempre sus intereses privados, no dejaron otra herencia que una pobreza ilustre.

«El gobierno ha pensado que habia llegado el momento de llamar sobre M. de Lamartine una manifestacion oportuna de la gratitud nacional, que recaeria en él, estando en vida, como una prueba ostensible de sus antiguos servicios, como un noble y precioso concurso en sus apuros presentes, como una garantía de su seguridad y sosiego en lo futuro.

«Al través de las vicisitudes de una larga vida, M. de Lamartine, poeta, escritor, orador, hombre de Estado, ha ilustrado á su pais, le ha defendido con valor, y sus servicios pertenecen al número de los que interesan á la sociedad entera.»

La exposicion termina diciendo que el Cuerpo legislativo no vacilará en declarar que es digno de la Francia honrar con un acto de alta munificencia la ilustracion de M. de Lamartine.

Dos grandes novedades han ofrecido esta semana los teatros parisienses. En el Francés, *Galileo*, de Ponsard, y en la Grande Opera, *Don Carlos*, de Verdi.

La nueva obra de M. Ponsard no es un drama ni mucho menos; es un estudio de Galileo escrito en versos admirables. La apariencia de accion dramática que hay en esta pieza singular, es decir, los amores de Antonia, hija de Galileo, ni despiertan interés alguno, ni están enlazados al argumento. No hay otra cosa que relaciones astronómicas desde la primera escena hasta la última, disputas con los teólogos, con los inquisidores, y una superabundancia de lirismo científico que únicamente el talento de Ponsard puede hacer aceptable á los espectadores. Tal es la obra que produjo tanto ruido antes de la representacion, y que se considera ahora como una obra maestra de poesia lírica.

La ópera de Verdi no ha obtenido tampoco un éxito extraordinario. Hay un tercer acto asombroso, digno del autor del *Trovador* y de *Rigoletto*, pero en los cuatro actos restantes apenas se señalan algunas piezas dignas de aplauso. En la próxima revista nos ocuparemos con alguna detencion de la nueva partitura, y daremos al mismo tiempo una lámina en que se verán los cuadros principales.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

LOS SALUDOS.

Nuestra buena sociedad
Mucho que pensar me ha dado,
Con los atentos saludos
Que todos nos prodigamos.
Saludos que de sinceros,
Por lo comun, tienen tanto,
Como el oropel de oro...
Muy fácil es demostrarlo:
Hay frases que á todas horas
Se encuentran en nuestros labios,
Y se cambian y reciben
Como si valiesen algo.
Frases que á un tiempo se aplican,
Y con el mismo agasajo,
Al mas solemne bribon
Y al mas digno ciudadano.
Hay un páselo usted bien,

Con voz dulce pronunciado,
Que equivale muchas veces
A «con usted cargue el diablo.»
Hay un beso á usted los piés,
Hay un beso á usted la mano,
Que son... el beso de Judas
En frecuentísimos casos.
Hay un servidor de usted
Que todos dan de barato;
Sin que ninguno, al decirlo,
Serviros haya pensado.

Este es el mundo, y así,
Entre mentiras y engaños,
Con amigos y enemigos
Cordiales nos saludamos.

Al levantarnos de cama,
Buen dia, os dice un criado,
Que en la cuenta de la plaza
Os sisará algunos cuartos.
A las doce, una visita
Recibís en vuestro estrado
De un *quidam*, que no se ocupa
Mas que en vivir murmurando:
Pasan dos horas mortales,
Que perdisteis de trabajo,
Y al despedir á aquel necio,
Fuerza es decir con agrado:
Quedo á su disposicion,
Esta es su casa. ¡Mal rayo!
Cuando á cumplir vuestro gusto,
Le hubiérais echado á palos.

Vais de noche á una tertulia,
Y á fin de pasar el rato
Jugáis un instante al golfo
Y os dejan sin un ochavo.
Y el amigo que el bolsillo
Bien enjuto os ha dejado,
Os dice: *muy buenas noches*
Y se marcha tan ufano.

Este es el mundo, y así,
Entre mentiras y engaños,
Con amigos y enemigos
Cordiales nos saludamos.

REMIGIO CAULA.

El palacio de los Césares en Roma.

III.

Hasta aquí hemos podido seguir el contorno de la colina con cierta apariencia de continuidad. Una vez fuera del palacio de Domiciano, nuestros pasos se extravían: los textos antiguos parecen incompatibles con el resultado de las excavaciones. ¡Cuántos descubrimientos y cuántos estudios serán menester aun para aclarar nuestras dudas!

Volvamos al vestíbulo de la casa. Aquí es donde los autores romanos, en contradiccion con M. Rosa, colocan el palacio de las sesiones augurales. Pienso yo que era uno de los edificios cuyas columnatas rodeaban el *square* palatino, espacio reservado delante de la escalera principal. En la época de Adriano, las notabilidades literarias se reunian todas las mañanas bajo aquellos pórticos para saludar al emperador cuando se levantaba.

Ya nos falta poco para llegar al tercer ángulo de la Roma cuadrada. La calle que del extremo de la via Sacra se dirige hácia el palacio, desemboca en esta punta, y se llama la via Nueva; las piedras colosales que formaban su pavimento han resistido á la destruccion; la puerta bajo la cual pasaba, es la puerta *Mugionia*, reminiscencia de una poblacion primitiva que se componia exclusivamente de pastores con sus ganados. Grandes recuerdos despiertan estos lugares, ¿no es aquí donde debe buscarse la casa de Tarquino el anciano? Sabemos que se encontraba en las alturas del monte Palatino; para arengar al pueblo despues de la muerte del príncipe, la reina viuda no tenia mas que abrir la ventana del primer piso que daba á la via Nueva. Tampoco el templo de Júpiter debe estar lejos: los que subian la colina por esta parte le encontraban antes de llegar á la mansion del rey. Los epítetos de Júpiter *vencedor*, Júpiter *combatiendo en primera línea*, Júpiter *deteniendo al enemigo*, se aplicaban sin duda á un orden de ideas inseparables una de otra. Admitiendo que habia varias capillas colocadas en el mismo recinto, hago una concesion que satisface á la vez á los usos del culto romano y á la autoridad de los textos,

Antes de proseguir nuestra peregrinacion, no olvidemos el antiguo palacio de las Treinta Curias, situado igualmente en la proximidad de todas estas localidades ilustres. En tiempo de los reyes, los nobles celebraban allí cada año la *fiesta de los hornos*, sencilla solemnidad relativa al principio de la civilizacion, esto es, á la invencion de cocer el pan. El edificio, que llegó á ser muy estrecho, fué reemplazado por otro, pero nunca habian consentido en destruir el hogar donde los antepasados habian hecho oracion por la prosperidad del pais. Es de presumir que los muros de este palacio estaban guarnecidos de cabezas descarnadas de las victimas que habian inmolado allí el día del sacrificio de las *vacas preñadas*. Al menos esta parte de la region palatina se llamaba el barrio de las Cabezas de Buey. Aquí nació Augusto el 23 de setiembre del año 63, antes de nuestra era.

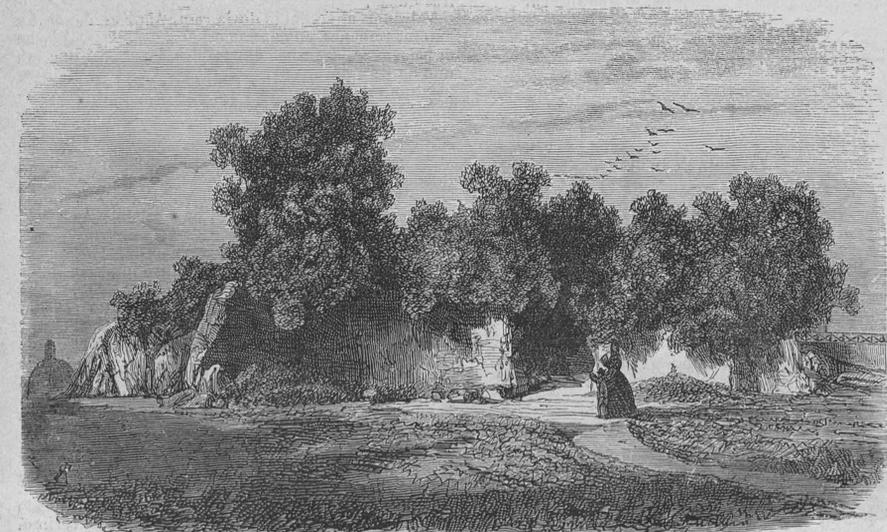
Dirigiéndonos hácia el Tiber, el primer monumento que llama nuestra atencion es la capilla de la Fortuna Retrospectiva; luego viene una construcción del emperador Septimio Severo, el *septizonium*, que no es seguramente un edificio alto de siete pisos, sino un pórtico de siete columnatas justapuestas, que conducen á algun cuerpo de habitacion. En vano buscari-



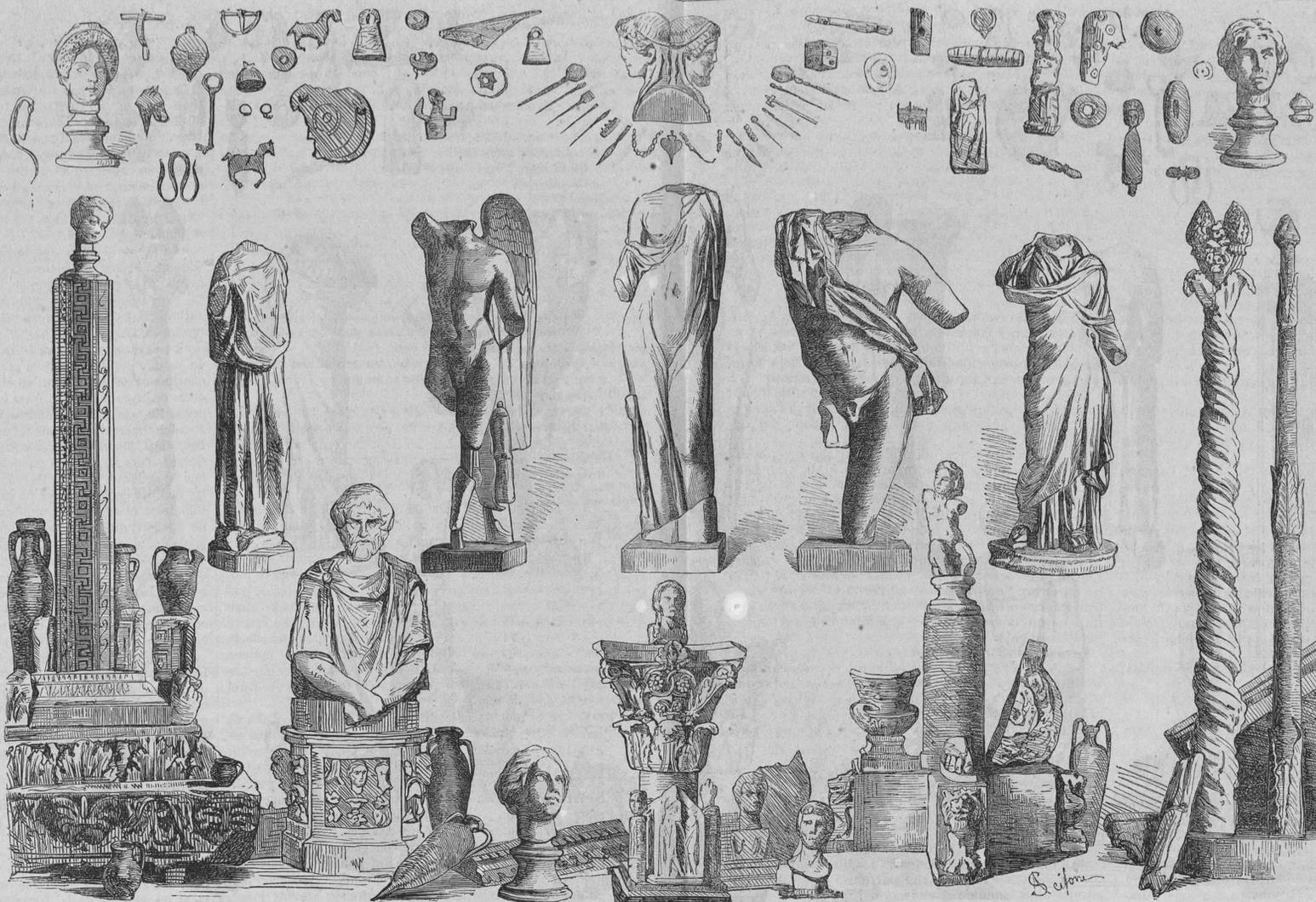
Sala de recepcion del palacio de Domiciano (B del plano.) Véase el nº 739.



Peristilo (D del plano).



Anguratorio.

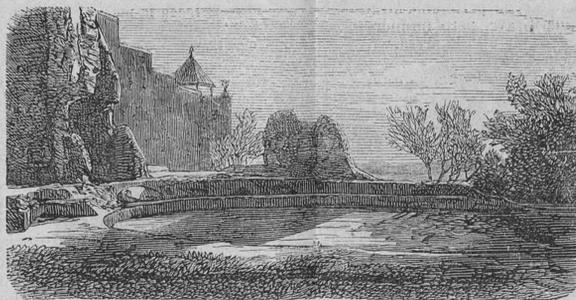


Excavaciones del palacio de los Césares. — Principales objetos hallados en las excavaciones.

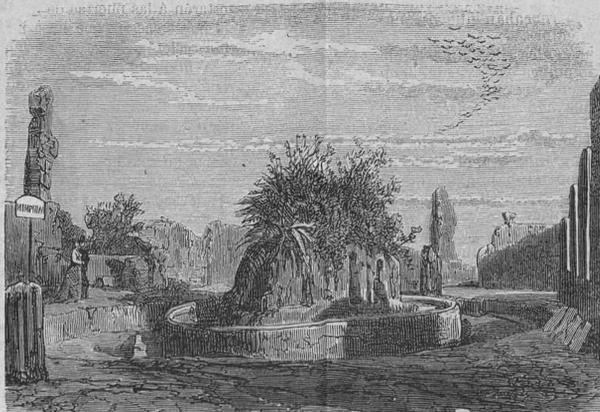
Las ruinas que guarnecen las alturas pertenecen al palacio de Tiberio. Debemos hablar aquí del emperador Vitelio, que desde lo alto de esas ventanas asistia tranquilamente á la toma del Capitolio?

Un templo de la Victoria, diosa favorita de los romanos, se halla edificado delante de la casa de Tiberio. Este templo está consagrado á Germánico, tantas veces vencedor de las tribus del Norte y de los pueblos del Oriente. En fin, sobre la vertiente de la colina y cerca de nuestro punto de partida, encontramos la tumba de *Aeca*, madre adoptiva de Rómulo, y la célebre guarida de la loba, el *Luperca*. Cortada en la roca y adornada con una estatua de bronce que representaba á la nodriza amamantando á los gemelos, esta gruta, el santuario mas antiguo de Roma, permaneció intacta hasta la decadencia del paganismo. Todos los años el 15 de febrero, cierto número de jóvenes escogidos ofrecian allí el sacrificio de costumbre; y luego cubiertos de pieles de macho cabrio y armados con correas, recorrían la via Sacra. Lo que hoy se llama una mascarada, era entonces un acto de devocion.

Fuera de la casa imperial y de los monumentos públicos que acabamos de enumerar, la region del monte Palatino contaba 20 ca-



Academia (sala G del plano)



Nymphæum (sala F del plano),

pillas, 89 palacios habitados por la nobleza, 2,747 casas particulares, 44 establecimientos de baños, 90 fuentes, 48 almacenes de granos y 20 tahonas. No siempre residian allí los emperadores; preferian una estancia mas sana y agradable, la de los jardines de Salustio en el monte Pincio, ó la de los jardines de Domitia en el Vaticano. Una restauracion del palacio emprendida en el siglo VII, fué el último esfuerzo para mantener lo que estaba destinado á ruinas.

Los grabados que acompañan representan algunos de los objetos hallados en las excavaciones de M. Rosa. Ya he tenido ocasion de hablar con elogio del bello torso de un Amor alado, que se halló en la pieza contigua al comedor de Domiciano. Un torso de Baco adolescente que acaba de entrar en el Louvre, acusa una ejecucion delicadísima. Sin detallar el gran número de fragmentos de escultura decorativa que han salido de debajo de tierra, mencionaré únicamente una columnilla de piedra de Albano con una inscripcion en honor del rey *Fert Errestus* (asi debe escribirse este nombre etrusco y medio latino, á quien se debe la institucion del derecho internacional.

Mi tarea está concluida. Ahora le toca al lector tomar el plano trazado por

mos el sitio de las casas de Scaurus, de Craso, de Ciceron, pues hace largo tiempo que han tenido la suerte de las de Catilina y Marco Antonio, que debieron ceder el puesto á la residencia de los Césares.

El plano de M. Pietro Rosa ofrece aquí la indicacion del palacio de Caligula. Con efecto, este príncipe habia reunido el Palatino al monte Capitolino por medio de un puente inmenso que atravesaba el valle del Foro; pero sus construcciones fueron demolidas, sin duda á consecuencia del incendio de Neron. Sin embargo, se han encontrado algunos arcos del viaducto, con una parte de la balustrada de mármol, y este descubrimiento ha sido un progreso para nuestros conocimientos de la topografía de Roma.

Habiendo llegado al ángulo de la colina, solo nos falta visitar el lado confinante con el rio. Aquí tambien los grandes resultados obtenidos por las excavaciones marchan á la par con grandes dudas. Bajamos por una cuesta rápida que llaman el Camino de la Victoria, que nos conduce á la segunda entrada de la antigua ciudad, la puerta *Romanula*.

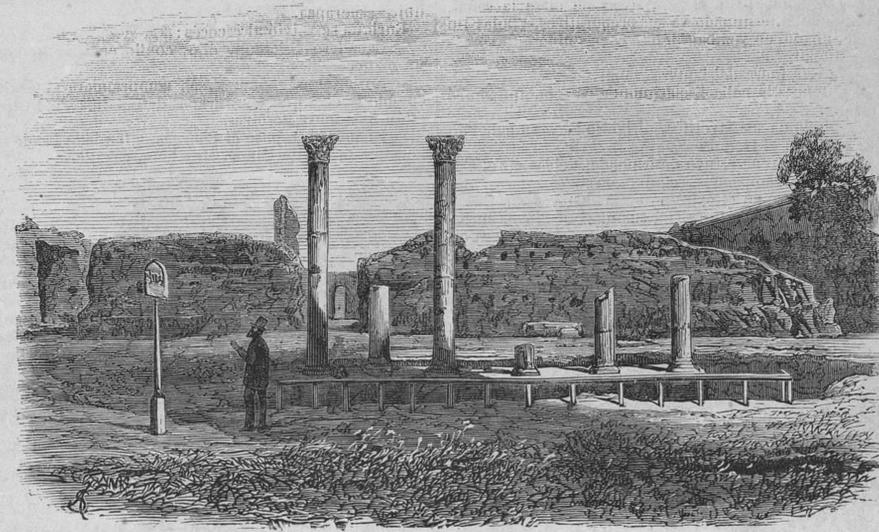
Nuestros lectores recordarán haber visto el dibujo; por ahí bajaba el rival de Galba para reunirse con sus partidarios y apoderarse del cetro del mundo.



Templo de Júpiter (sala 1 del plano).



Comedor (E del plano).



Biblioteca (sala H del plano).

M. Rosa y buscar el camino que hemos seguido juntos, con los autores en la mano. Así juzgará por sí mismo acerca de los hechos nuevos para la ciencia que nos han dado á conocer las excavaciones, y de las suposiciones que han corroborado ó destruido. ¿Por qué no podemos separar en nuestro pensamiento los resultados adquiridos, de los que esperamos del porvenir? Si los monumentos han desaparecido sin dejar huella, no tiene la culpa el sabio que á quince siglos de distancia trabaja por darle cuenta de lo que ha sido, y que solo retrocede ante lo imposible. El anticuario no tiene en su vida mas objeto que el de hacer renacer las ruinas; pero solo Dios puede animar lo que ya no existe. W. F.

Crichton

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR W. HARRISON AINSWORTH.

(Continuacion.)

Margarita hizo un esfuerzo para dominar su emocion, pero todo fué inútil; sus piernas flaquearon, lanzó un gemido y cayó sin movimiento en brazos de la Rebours, que fué muy oportunamente á su socorro.

— Dame tu pañuelo, hija mia, dijo Enrique á la dama de honor; esa será mi prenda, en vez del collar de una esposa infiel.

— Dios proteja á V. M., dijo la Rebours, cuando hubo marchado el rey. Felicítadme, Torigni, pues se han realizado mis mas queridas esperanzas.

— ¿De qué modo? preguntó la florentina.

— Chist! S. M. vuelve en sí, y esta noticia no es para ella.

— ¿Se ha marchado? preguntó Margarita con voz desfallecida.

— Ya ha vuelto á las justas, señora, contestó la Rebours.

— ¿Y mi prenda? preguntó la reina.

— Héla ahí, repuso la dama de honor, mostrando maliciosamente el collar despreciado.

— Ayudadme á sentar en un sofá, Torigni, dijo la reina separándose de la Rebours. Si Crichton sale victorioso en este combate, direis á Esclarimonda que venga á verme. Retiraos, Rebours. ¡Oh, cuánto odio á esa muchacha! añadió la reina cuando hubo marchado su dama de honor.

— No sin razon, señora, repuso la Torigni con tono significativo.

XXV.

EL CABALLO BERBERISCO.

Al oír Crichton el reto del rey de Navarra, lanzóse inmediatamente al centro de la liza, ejecutando á su paso con el caballo mil habilidades y graciosos ejercicios que arrancaron estrepitosos aplausos á la multitud.

— Hé ahí un cumplido caballero, exclamó Brantome en el colmo del entusiasmo.

— Sí, en verdad, añadió Enrique; vuestro tío el señor de la Chategneraie, con toda su habilidad como caballero, no lo hubiera hecho mejor.

— Vuestra Majestad se olvida de Guy de Chabot, dijo Chicot con ironia; el golpe de Jarnac ha pasado á ser proverbio. Bueno será que nuestro querido Henriot no sienta el golpe de Crichton.

— ¡Atencion! gritó el rey; acaba de oírse la señal, y Montjoie ha terminado ya sus preparativos. ¡Hola! Du Halde, añadió en voz baja, ¿has conseguido que se escape Rugieri?

— Ya está fuera del Louvre, señor.

— Entonces la bella Esclarimonda es mia, murmuró Enrique.

Y seguido de sus favoritos, dirigióse hácia su pabellon y se sentó en el trono.

Cuando la arena estuvo desocupada, dejóse oír el clarín, y ambos campeones, seguidos de sus escuderos, fueron á colocarse en el extremo de las barreras.

Cada uno de ellos miraba á su antagonista con curiosidad: Crichton sentia un alegre entusiasmo; pero en Enrique el recuerdo del ultraje disminuía la admiracion, si bien no dejaba de reconocer en el escocés un cumplido caballero.

El toque del clarín se dejó oír por segunda vez, y entonces Crichton se caló la visera, poniendo su lanza en ristre.

Enrique iba á seguir su ejemplo, cuando el caballo asustado de repente, se lanzó impetuoso al centro de la liza, sin que pudiera contenerle á pesar de sus esfuerzos.

Experto en los ejercicios de la guerra, el caballeresco monarca era uno de los mejores jinetes de su tiempo; pero á pesar de su destreza y de su vigoroso brazo, no consiguió sujetar al brioso corcel, que se encabritaba, dando repetidos saltos, y tratando por todos los medios de arrojar de la silla al rey.

En aquel momento, y cuando ya el Bearnés desespe-

raba de apaciguar á su caballo, recibió un auxilio de donde menos lo esperaba.

Al ver Crichton cuán inútiles eran los esfuerzos de Enrique, dirigióse hácia él, y con la mayor cortesía, le ofreció cambiar de caballo, expresando al mismo tiempo que tenia la completa seguridad de domar al rebelde bruto.

— ¡Por el alma de Bayardo! contestó Enrique de Navarra con igual cortesía, ya veo que la fama no ha mentido con respecto á vos, caballero Crichton; pues vuestro ofrecimiento es digno de los mas felices tiempos de la caballería, y hubiera podido hacerse á un caballero mejor que yo. Al aceptar vuestra proposicion, me reconozco casi vencido; pero de todos modos, no os privaré de la ocasion que se os ofrece para completar la victoria.

Y así diciendo, saltó de su caballo.

— No porque sea mejor jinete debe suponerse que sea mejor justador, repuso Crichton bajándose del suyo.

— Si conseguís dominar la impetuosidad de este animal, habreis llevado á cabo un hecho mas difícil que el de Alejandro de Macedonia; pero si llegais á las empalizadas, os prometo recibir cual conviene á tan intrépido campeón.

— Ya vereis que no soy un caballero débil, replicó Crichton.

En aquel momento el baron Rosny, seguido de Montjoie y de Joyeuse, se adelantó hácia ellos.

— Señor, dijo Rosny en voz baja, os ruego que tomeis mi caballo.

— ¡Atrás, caballero! repuso con frialdad el Bearnés.

— Caballero Crichton, dijo Rosny volviéndose al escocés, no monteis ese indomable corcel; el mio está á vuestro servicio.

Crichton contestó saltando sobre el caballo del rey de Navarra, despues de lo cual soltó las bridas y dió vuelta á la arena con la rapidez de un torbellino.

— ¡Animo, amigo mio! gritaba Joyeuse sonriendo.

Vanos fueron los esfuerzos del caballo berberisco para arrojar de la silla al jinete. Crichton le dejó por un momento arrojar todo su fuego, y despues, hundiéndole vigorosamente las espuelas en los ijares, le obligó á ejecutar mas de treinta saltos seguidos.

Un momento despues, el animal permaneció inmóvil á la entrada de la liza.

Un prolongado murmullo de admiracion demostró el placer de los espectadores.

El clarín sonó entonces por la tercera vez, y los combatientes se lanzaron á la carrera.

Ambas lanzas se rompieron en el violento choque, pero no dió ningun resultado.

En la segunda carrera sucedió lo mismo.

— ¡Dame esa lanza que es mas dura! dijo Crichton á su escudero en el momento de volver á sonar el clarín.

El resultado de esta carrera fué decisivo y mas violento el choque. La lanza del Bearnés se rompió por el asta; pero el golpe de Crichton, en el cual habia puesto toda su fuerza, hubiera á no dudarlo arrojado por tierra á su adversario, si el casco del monarca, mal sujeto despues de su entrevista con la reina, no hubiera rodado por la arena á impulsos del golpe.

— ¡Gran Dios! gritó Enrique III levantándose, ¡es el Bearnés, es mi hermano el de Navarra! ¡Hola, mi caballo, mi caballo! ¿Dónde está mi madre Catalina de Médicis? Conventrá que yo la vea antes de acercarme á este atrevido traidor; rodeadme, caballeros, y que se triplique mi guardia, porque aqui debe haber alguna conspiracion. ¡Por san Huberto! hemos cogido al tigre en el lazo.

Crichton en tanto se habia acercado al Bearnés y le decia en voz baja:

— Señor, os he descubierto sin querer á vuestros enemigos; pero si quereis fiaros de mi, yo os salvaré.

— Yo os aconsejaria, señor, dijo Rosny, que os aproximárais cuanto antes á vuestro hermano, para obtener el permiso de marchar con vuestra escolta, antes que pueda conferenciar con la reina madre. Esta es vuestra única esperanza.

Enrique se volvió al escocés:

— Caballero Crichton, dijo, confío en vos; hé aqui mi mano.

— No la tomo, señor; V. M. comprenderá el motivo cuando le diga que las miradas de Catalina de Médicis están fijas sobre nosotros.

— Es verdad, repuso el Bearnés, y tambien las de mi hermosa prima de Condé. Muy bien, caballero.

XXVI.

EL INGLÉS.

Casi todos los espectadores reconocieron al momento á Enrique de Navarra, y los que no recordaban sus facciones, supieron al momento la noticia por el clamor general. Los unos aplaudian su valor y buena fe, y los otros criticaban su imprudencia, y habia muchos que le saludaban en silencio como el primer campeón de su partido.

La situacion del intrépido monarca, que rodeado por Crichton y el baron Rosny, permanecia inmóvil con la mano en la silla y la sonrisa en los labios, no era tan crítica, ni ofrecia tantos peligros como se hubiera podido creer.

Joyeuse y Epernon, con otros varios leales servidores de Enrique III, se lanzaron á las entradas del campo

cerrado, y reforzando la guardia, proclamaron la orden del rey de no dejar entrar ni salir á nadie.

Antes de que pudieran ejecutarse estas órdenes, un hombre robusto y de agradable aspecto, se precipitó sobre un guarda de la puerta principal, cogióle su larga espada de dos filos, saltó por encima de las empalizadas de la liza, y seguido de un enorme perro, dirigióse con paso rápido hácia Enrique de Navarra.

Aquella accion fué demasiado repentina para que nadie pudiese impedirla; pero el vizconde de Joyeuse, que habia visto aquel hombre, espoleó su caballo lanzándose en su persecucion con objeto de castigarle.

La cogida del fugitivo parecia inevitable; pero en el momento en que Joyeuse iba á descargarle un golpe, su caballo se halló de repente sujeto por el perro, cuyos colmillos habian hecho presa en el cuello del espantado cuadrúpedo. Con los ojos saltando de las órbitas, las venas hinchadas y brotando sangre, el pobre caballo lanzó un agudo relincho, semejante á un grito de agonía; pero permaneció inmóvil.

Exasperado entonces por aquel incidente, Joyeuse dirigió su primer golpe al perro.

— ¡Deteneos! gritó Blount (pues nuestros lectores le habrán ya reconocido), no toqueis á un solo pelo de mi perro, ó ¡por san Dustan! no contengo mi mano.

Joyeuse contestó con una estocada baja; pero Blount la paró tan oportunamente, que la violencia del choque hizo saltar á diez pasos de distancia la tizona del vizconde.

— ¡Llama á tu perro, miserable! gritaba Joyeuse furioso, ó te arrepentirás de tu audacia. ¡Ah, vive Dios! añadió, viendo llegar á varios de sus servidores, cogedle; y si se resiste, no haya cuartel. ¡Rindete, insensato!

— ¡Jamás! contestó Blount, aunque fuérais diez veces mas numerosos. No pido cuartel, ni lo daré á nadie, pues no ha de decirse que un inglés ha implorado merced mientras su mano pudiera manejar una espada. Llegad pues, señores míos, y experimentareis la fuerza de mi brazo. Vuestros padres sintieron el peso de nuestros golpes en Crecy y en Poitiers, y sus hijos verán que mi raza no ha degenerado, y que Simon Blount no deshonra á su pays.

— ¿Por qué vacilais? gritó Joyeuse.

— ¿Por qué vacilan? repitió Blount con sonrisa provocante y blandiendo su enorme espada. Vacilan porque soy inglés. Ellos son seis contra uno solo; ellos están á caballo y yo á pié; ellos tienen espada y partesana y yo un acero solamente. A fe mia que el encuentro será feliz.

— ¡Hacedle callar! gritó Joyeuse.

Pero esto no era fácil: el robusto inglés manejaba su espada con la rapidez del relámpago, y tenia á raya á sus enemigos.

— ¡Cobardes! aulló Joyeuse, ¿sufrireis eso? Tiene razon, seis seis contra uno.

— Lo mismo era en Azincourt, repuso Blount, y sin embargo, ya sabeis quién ganó la batalla.

— Si, pero no se ganó con palabras, bergante, dijo Joyeuse asombrado de la audacia del inglés.

— Teneis razon, contestó el inglés blandiendo su espada; ya he hablado de mas.

— Despacha ese perro con tu pica, Bautista, gritó Joyeuse.

El hombre obedeció, y empuñando su partesana, atravesó con ella el cuello de Druida. Grave, pero no mortalmente herido, el animoso perro no soltó la presa.

— ¡Cortadle en pedazos! vociferó Joyeuse.

Otro hombre de armas emprendió el ataque, y de un golpe cortó á Druida una oreja y una pata.

Ciego con su propia sangre y espantosamente mutilado, el valiente perro no soltó al caballo.

— ¡San Jorge por Inglaterra! gritó Blount.

Y al decir estas palabras, silbó su espada en el aire, y fué á herir al hombre de armas, cuya cabeza rodó por la arena.

— ¡Ahí tienes una buena racion, Druida! dijo Blount lanzando una carcajada salvaje y empujando con el pié la sangrienta cabeza que habia caído á su lado. ¡Vamos aquí, pronto!

Al oír la voz de su amo, el perro hizo lo que no habia querido hacer á fuerza de golpes, y soltó al caballo de Joyeuse, que lanzando un relincho, partió á escape con su jinete.

Los enemigos de Blount habian quedado reducidos á cinco; pero por todas partes le rodeaban nuevos enemigos que le dirigian furiosos golpes.

Mas el inglés, sin desanimarse, describió un terrible círculo con su espada, y otro hombre cayó al suelo con el cráneo dividido de una espantosa cuchillada.

— ¡Habet! gritó Blount lanzando una carcajada y blandiendo su acero sangriento.

Todos miraban aquel combate de gladiadores con fe-roz y palpitante interés. Tan grande era el vigor de Blount, y manejaba su acero con tal habilidad, que á sus terribles golpes cayó bien pronto otro enemigo, y puso á los demás en vergonzosa fuga.

— ¡Hurra! gritó Blount con toda la fuerza de sus pulmones y arrojando al aire su sombrero. ¡Hurra por la vieja Inglaterra, y Dios salve á la reina Bess!

En el mismo instante, y como si hubiese participado del triunfo de su amo, Druida alzó su cabeza mutilada y lanzó un triunfante aullido.

— ¡Pobre compañero! dijo Blount, estás cruelmente herido; pero te he vengado bien; al menos podremos morir juntos, pues tú no querrás sobrevivir á tu amo y amigo.

El fiel perro, como si hubiera comprendido á Blount, exhaló un aullido lastimero.

— ¡Bien, Druida! exclamó el inglés, nada temas por ahora.

Y colocando entre las piernas su gigantesca espada, y con la mirada fija en sus enemigos, entonó una canción que, aunque ruda, no dejaba de tener armonía.

Enrique III, que había seguido con la mayor atención el combate de Blount, y cuya predilección por los perros era tan grande como su aversión por los gatos, no pudo contenerse más, y exclamó:

— ¡Cuánto daría por un servidor tan leal! Un perro semejante vale tanto como toda mi trailla, y es preciso que yo le posea. Miron curará sus heridas bien pronto; pero ¿cómo desembarazarme del amo sin hacer más daño al perro?

— Mandad á vuestros arcabuceros que hagan fuego sobre él, dijo el duque de Nevers en voz baja, y si una bala perdida hiere al Bearnés, V. M. tendrá un enemigo menos. Maurevert se halla detrás de nosotros, armado con el mismo mosquete que hirió á Coligny.

— No tengo tanta prisa, señor duque, repuso Enrique, y además no hay motivos para sospechar de mi hermano el de Navarra, contra el cual no quiero proceder sin consultar antes á mi madre.

— Os respondo de que la reina aprobará mi pensamiento, dijo el duque.

— ¿Vos? exclamó el rey sorprendido. ¿Sois acaso el confidente de mi madre, señor duque? ¿Qué razón tenéis para creer que desea la muerte del Bearnés?

— Vuestra Majestad olvida al perro que desea salvar, interrumpió el duque, y dentro de un instante será ya demasiado tarde.

— Teneis razón, dijo Enrique: haced avanzar una compañía.

Las órdenes del rey fueron obedecidas, y una docena de arcabuceros conducidos por Maurevert, el asesino de Carlos IX, apellidado el *matador del rey*, avanzaron en silencio, colocándose al lado del monarca en línea de batalla.

Después, apuntando sus armas hácia Blount, aguardaron la orden del rey.

Blount vió los preparativos sin temor, y cuando los mosquetes estuvieron dirigidos hácia él, cogió á Druida entre sus brazos y aguardó tranquilo la muerte.

— ¡Deteneos! gritó Enrique á los soldados; ese tuante parece haber comprendido nuestro deseo, y trata de morir con su perro. Intimidado que se rinda, Maurevert, y apoderaos después del perro; mas sin hacerle ningún daño. Os lo prohibo bajo pena de la vida.

Maurevert avanzó hácia Blount; pero este no quiso entregar su espada.

En aquel momento, y cuando Enrique vacilaba sobre la determinación que debería tomar, acercóse á él Crichton y le dijo:

— Yo le desarmaré, señor, si me dais vuestro permiso.

— Con mucho gusto, caballero; os doy mi permiso, aunque sea para matarle, con tal que no hagais daño al perro.

— Creo que no querrán morir el uno sin el otro, señor; pero en fin, ya veremos.

Así diciendo, bajóse del caballo y avanzó hácia Blount.

— ¿Estais loco? dijo al llegar cerca del inglés. Rendios, y aun podreis salvar vuestra vida.

— Nunca semejante palabra saldrá de mis labios, repuso Blount con orgullo.

— Defendeos entonces, dijo Crichton sacando su espada.

— Si caigo por vuestra mano, repuso Blount, moriré contento; pero no penseis que no voy á defenderme.

— Nuestras armas no son iguales, replicó Crichton; yo tengo casco y corselete, y vos no teneis nada. La ventaja está de mi parte.

— ¡Abajo, Druida! exclamó Blount soltando al perro; no te muevas, ni hagas uso de tus dientes. Caballero Crichton, añadió con emoción, si caigo... este perro...

— Comprendo; será su amo.

— No, dijo Blount, matadle.

— Vamos, no perdais el tiempo en vanas palabras; mis golpes son para los hombres y no para los perros. ¡Defendeos!

— ¡San Jorge por la Inglaterra! gritó Blount describiendo un círculo con su espada, que deslumbró los ojos de los espectadores como un rayo.

Pero el escocés paró el golpe á la mitad de su carrera, arrojándose sobre Blount, á quien arrancó atrevidamente su enorme espada.

Druida, que hasta entonces había estado quieto, comprendiendo el peligro de su amo, se lanzó con tal violencia á las piernas de Crichton, que á no estar este armado de punta en blanco, hubiera tenido que abandonar el ataque para defenderse del perro.

— ¡Quieto! gritó el inglés furioso, sujetando á Druida con un pié. Sois vencedor, continuó dirigiéndose á Crichton; ¡herid!

— No deseaba más que desarmaros, repuso el escocés.

— Yo no me rindo, exclamó Blount; mejor será que me mateis.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando dos alabarderos, cogiéndole por detrás, le sujetaron con fuerza los brazos, en tanto que otro hombre de armas hacia lo mismo con el perro, valiéndose de un lazo.

— No hagais daño al uno ni al otro, dijo Crichton á los soldados. Su Majestad se dirige hácia nosotros y dispondrá.

— Acercaos á mí, caballero Crichton, dijo Blount, tengo que comunicaros una cosa que había olvidado.

— Ya sé lo que quereis decir, repuso Crichton, haciendo un gesto para que callara ¡Todo se ha perdido!

— ¡Maldición! exclamó Blount. Mi trabajo ha sido

inútil. Solo para daros estas noticias me aventuré á penetrar hasta aquí.

— No penseis más en eso, y aplacad á vuestro perro, que hace esfuerzos desesperados para saltarse, dijo el escocés. De su vida depende la vuestra.

— Teneis razón, repuso Blount.

Y así diciendo, dirigió algunas palabras á su fiel Druida, que permaneció quieto en manos del soldado que le había cogido.

XXVII.

LOS DOS ENRIQUES.

Deseando evitar una conferencia con el rey de Navarra antes de recibir consejos de Catalina, Enrique III se dirigió desde luego hácia Blount; pero el Bearnés, siguiendo los consejos del baron Rosny, salió al encuentro de su hermano, resuelto á confiarse á su generosidad.

La entrevista de ambos monarcas fué por demás afectuosa en apariencia, pues no faltaban motivos para que desconfiasen el uno del otro. Enrique III, muy versado en el arte del disimulo, como todos los Valois, recibió al Bearnés con la sonrisa en los labios; pero este, mas franco y mas leal, se apeó del caballo y se acercó al rey para darle la mano.

Enrique III, sin embargo, hizo retroceder dos pasos á su corcel diciendo:

— Dispensadme, hermano mio; no puedo tocar la mano de un hereje, y no la estrecharé, á menos que me asegureis por vuestra propia boca, que venis cual otro hijo pródigo á confesar vuestros errores y á implorar mi perdón, solicitando ser recibido de nuevo en el seno de nuestra santa Iglesia católica, apostólica y romana.

— Señor, contestó el Bearnés, confieso que mi situación se asemeja algo á la de ese infeliz con quien me habeis comparado, y lo que desde luego puedo aseguráros, es que en este momento no tengo ni reino, ni dinero, ni esperanzas en esa religion, á la cual no aprecio tanto como cree Vuestra Majestad.

— Muy bien, hermano mio, contestó Enrique; pero ¿tendreis la bondad de decirme á qué feliz circunstancia debo vuestra inesperada visita? Habíame dicho que erais mi enemigo, y veo por el contrario que sois el mejor de mis amigos. Pensaba que estariais á la cabeza de un ejército, entrando en mis ciudades á sangre y fuego, y os encuentro á mi lado como un alegre compañero. Ved ahí con qué facilidad puede uno engañarse.

— Vuestra Majestad no debe nunca desconfiar de mi amistad, repuso cordialmente el Bearnés; pero ¿quisierais hacerme el favor de ordenar á vuestros cortesanos que se retiren un poco?

— Excusadme, hermano mio, si retengo á mi escolta, pues voy á interrogar á ese atrevido cautivo que se halla ahí con su perro. Podeis, si os place, reservar vuestra historia para el oído de mi confesor, á quien recomendaré vuestra conversión, si me lo permitis.

— ¡Vuestro confesor! exclamó el Bearnés frunciendo el ceño.

— No dejareis seguramente de aprovechar sus instrucciones, dijo Chicot; y por la tercera vez podeis desembarazaros de todos los escrúpulos de conciencia. El lacónico mensaje del difunto Carlos IX á vuestro primo Enrique de Condé, tenia otros méritos que el de la concisión.

— ¿Qué mensaje era ese, compadre? preguntó Enrique afectando ignorancia.

— ¡Misa, muerte ó Bastilla! repuso el bufon. Nuestro Bearnés debe acordarse de esto.

— ¡Voto á sanes! gritó furioso Enrique de Navarra; si te atreves á seguir adelante con tus miserables bromas, no será suficiente la presencia de tu señor para que no te aplique el castigo que mereces.

Alarmado ante el aspecto amenazador del rey de Navarra, Chicot, como un perro miedoso, fué á ocultarse detrás de Enrique, que se regocijaba interiormente de la cólera de su hermano.

— Puesto que rehusais contestar á mis preguntas respecto á los motivos de vuestra visita, dijo Enrique III con melifluo acento, no os molestaré mas sobre este asunto; pero abrigo la esperanza de que no tendreis inconveniente en permanecer á mi lado hasta que vuelva al banquete.

— Vuestra Majestad no tiene mas que mandar.

— Y como no contais con mas escolta que el baron Rosny, os dejaré elegir seis de mis caballeros, que permanecerán constantemente á vuestro lado.

— Comprendo á V. M.; soy prisionero.

— No tal, puesto que os dejo elegir vuestra escolta.

— Mi elección ya está hecha, señor; nombro á uno solo, que es el caballero Crichton, quien podrá encargarse de nombrar los demás.

— No podiais haber hecho mejor elección, observó Enrique con una sonrisa.

— Así lo creo, dijo el Bearnés.

— Y ahora, hermano mio, añadió Enrique III con ese acento meloso que era en él mas temible que un acceso de cólera, como las justas han terminado, y ya no necesitareis vuestra espada, os ruego se la entreguéis al jefe de vuestra escolta.

— ¡Mi espada, señor! exclamó el Bearnés haciéndose un paso atrás,

— Si, vuestra espada, hermano mio, añadió Enrique en el mismo tono.

El rey de Navarra miró á su alrededor, y vió que por todas partes se hallaba rodeado de peligros: la liza se veía erizada de picas y lanzas; por encima de las alabardas de los suizos, elevábanse las jabalinas de los guardias escoceses, y un poco mas allá brillaban las armas de los gascones de Epernon y los nobles del vizconde de Joyeuse. Todos tenían la mano en la empuñadura de la espada sin apartar de él los ojos.

Observando con indiferencia todos estos hostiles preparativos, el Bearnés se volvió hácia su consejero Rosny, que se hallaba junto á él apoyado en la empuñadura de su espada. Ninguna palabra, ningun gesto se cambió entre ellos; pero el monarca comprendió la significación del aire severo del baron.

En aquel momento dejóse oír en los patios exteriores del palacio un redoble de tambores, entre el que se distinguía el sonido de varios instrumentos bélicos.

— Escuchad el tambor, exclamó Enrique III; nuevas tropas acaban de penetrar en el Louvre.

— ¿Por vuestras órdenes, señor? preguntó el Bearnés.

— Mis súbditos velan por mi seguridad, repuso Enrique eludiendo la contestación.

— Pero decidme, prosiguió Enrique de Navarra, ¿contra quién tomáis todas estas precauciones? ¿está acaso el Louvre en estado de sitio, ó ha estallado alguna revolución entre los buenos ciudadanos de París?

— No, hermano mio; mi buena ciudad se halla por ahora libre de facciones, y es mi intención mantenerla tranquila.

— No debeis suponer que yo sea instigador de desórdenes, señor, dijo el Bearnés; yo he sacado la espada para proteger los derechos de mi pueblo, y no para declarar la guerra á V. M. Con cualquier condicion que asegure á mis súbditos las inmunidades y la tolerancia religiosa que reclaman, estoy pronto á concluir un armisticio con V. M., ofreciéndome yo mismo como garantía en la observancia de las condiciones.

— ¡Señor! exclamó Rosny cogiendo el brazo de su soberano, cada palabra que pronunciais es una batalla perdida.

— Vuestra Majestad no sospechará que yo sea desleal, continuó el Bearnés, sin hacer caso de su consejero.

— Yo no sospecho nada absolutamente, se apresuró á contestar Enrique III; pero no firmaré ninguna tregua. Tolerar vuestra religion seria aprobarla, y soy demasiado buen católico para consentir en esto, hermano mio. Mi reino se ha visto agitado por tres grandes calamidades: mi hermano de Anjou y su facción, el de Guisa y sus ligueros, y vos con la llamada reforma.

— ¡Señor!

— No sé cuál de los tres ha sido mas perjudicial; pero bien quisiera concluir de una vez con todos estos trastornos.

— Yo no he exigido nada que no fuese justo, replicó con orgullo el de Navarra.

— Así dice Anjou, así dice Guisa, y así dicen en fin todos los rebeldes.

— ¡Rebelde, señor!

— No os encolericeis, hermano; vuestra propia conducta podrá condenar la expresion, si os parece injuriosa.

(Se continuará.)

Sucesos de la Creta.

Atenas 14 de febrero de 1867.

Decian antiguamente los griegos que no á todo el mundo le era dado ir á Corinto. Pues bien, yo creo que en la actualidad se puede decir otro tanto de los puestos ocupados por los insurrectos cretenses, y cuando uno se da cuenta como yo sobre los mismos lugares, de las dificultades que es preciso vencer para visitar los cuerpos de insurrectos que sostienen la campaña, se acaba por tomar por un buque fantástico, al famoso *Panhellenion*, que está haciendo ahora su décimotercio viaje.

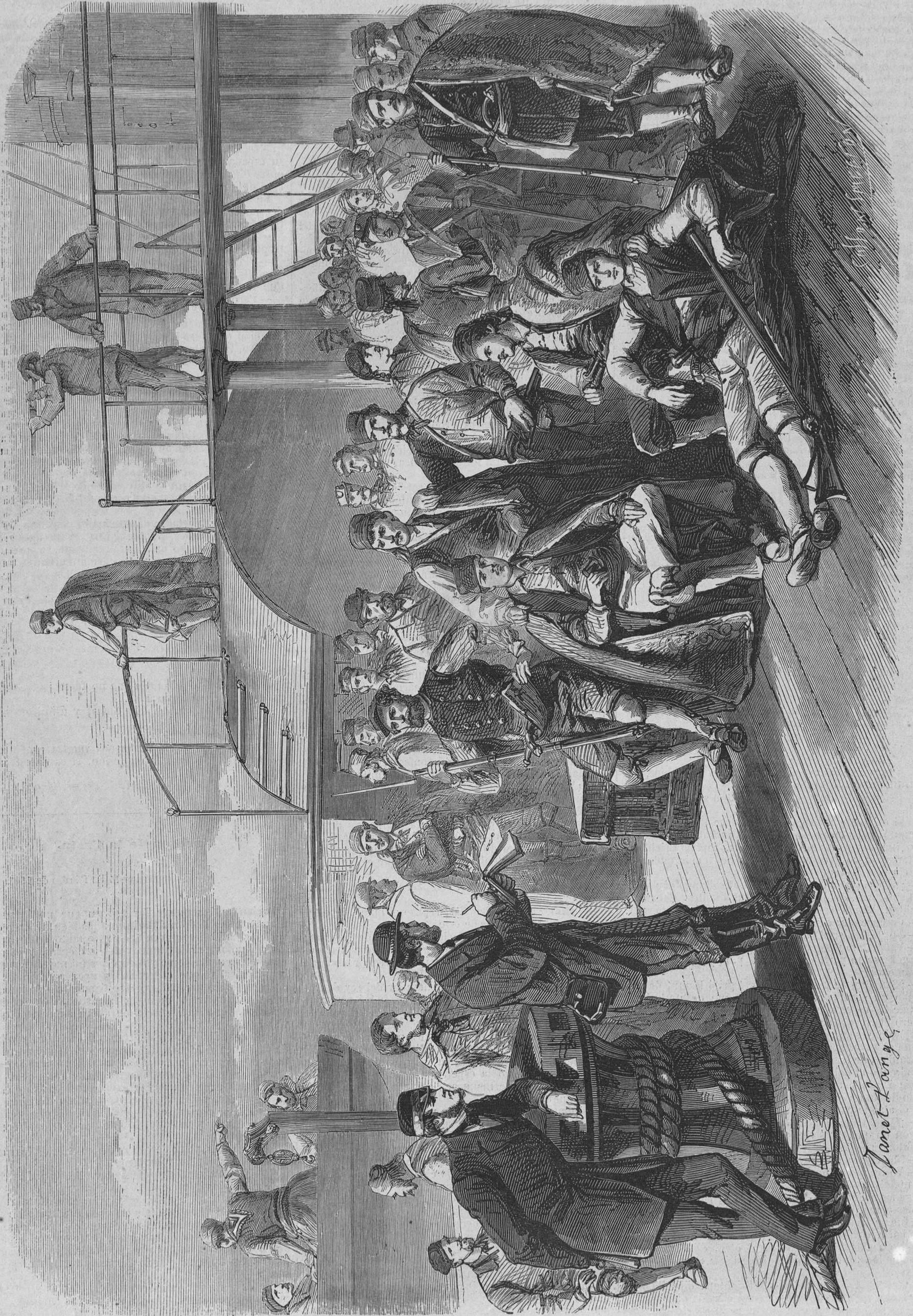
Nada mas fácil que ir de Atenas á la Canea y volver de la Canea á Atenas. Un buque del Lloyd austriaco hace este servicio todas las semanas. Pero para ir de la Canea á reunirse con los insurrectos, es otra cosa. Los insurrectos hacen una guerra de guerillas; hoy están en un punto, mañana en otro, y para alcanzarlos, es preciso pasar por entre los puestos turcos que ocupan las poblaciones y la costa, lo que por cierto ofrece su peligro.

Sin embargo, yo no desespero de penetrar en los montes ocupados por los voluntarios.

Estoy tomando mis medidas para ello, y podeis contar con dibujos interesantes.

Entre tanto, hé aquí en esta primera carta algunos tipos curiosos de insurrectos que he encontrado á bordo del buque del Lloyd que hace el servicio de Atenas á la Canea. Este grupo representa exactamente el aspecto de los defensores de la Creta y de la independencia helénica. Su traje no puede ser mas variado ni pintoresco.

El estado de sus vestidos atestigua largos servicios y muchas penalidades. Llevan las piernas cubiertas con medias ó con polainas ajustadas; muchos de ellos tienen una esclavina de lana tosca con abertura para los brazos.



Janet Lange

Voluntarios de la insurreccion cretense volviendo à Grecia, à bordo del vapor austriaco.

Este ejército volante de los insurrectos cuenta seguramente con representantes de todos los países y con cierto número de garibaldinos; pero en su inmensa mayoría pertenece á la Grecia. Al cabo de tantos años de vergonzosa servidumbre, no debe sorprendernos el ver surgir tan crecido número de corazones valerosos.

A la verdad no se puede decir que la insurrección tenga en pie un ejército regular; pero la lucha de guerrillas que sostiene agota los recursos de la Turquía, y los ánimos se muestran aquí tan exaltados, que se espera para la primavera que las cosas tomen un giro muy favorable á la independencia de la Creta.

E. M.

El conde J. Andrassy

PRESIDENTE DEL MINISTERIO HÚNGARO.

Al cabo de diez y ocho años de luchas parlamentarias, la Hungría acaba de ser llamada á disfrutar de los derechos concedidos por las leyes de 1848. Con efecto, ya funciona el segundo ministerio húngaro, constituido bajo la presidencia del conde Julio Andrassy.

Las esperanzas fundadas en este ministerio recaen en su mayor parte sobre el conde Julio Andrassy, el presidente, el hombre mas popular en el país despues de M. Deak.

Julio Andrassy es seguramente una de las mas brillantes personalidades de la Hungría. Es un hombre cuyo exterior inspira la simpatía. Hállase dotado de una de esas fisonomías movibles, muy propias para impresionar á las masas, y en sus facciones se encuentran las huellas de las dos direcciones que el conde Andrassy ha dado á su existencia: el estudio y la vida mundana.



El conde Andrassy, presidente del ministerio húngaro.

Hasta ahora el conde Andrassy no se ha hecho conocer como hombre de Estado, pues no se puede tomar en cuenta su misión de 1848 cerca de la Sublime Puerta, única vez que ha desempeñado funciones de carácter diplomático.

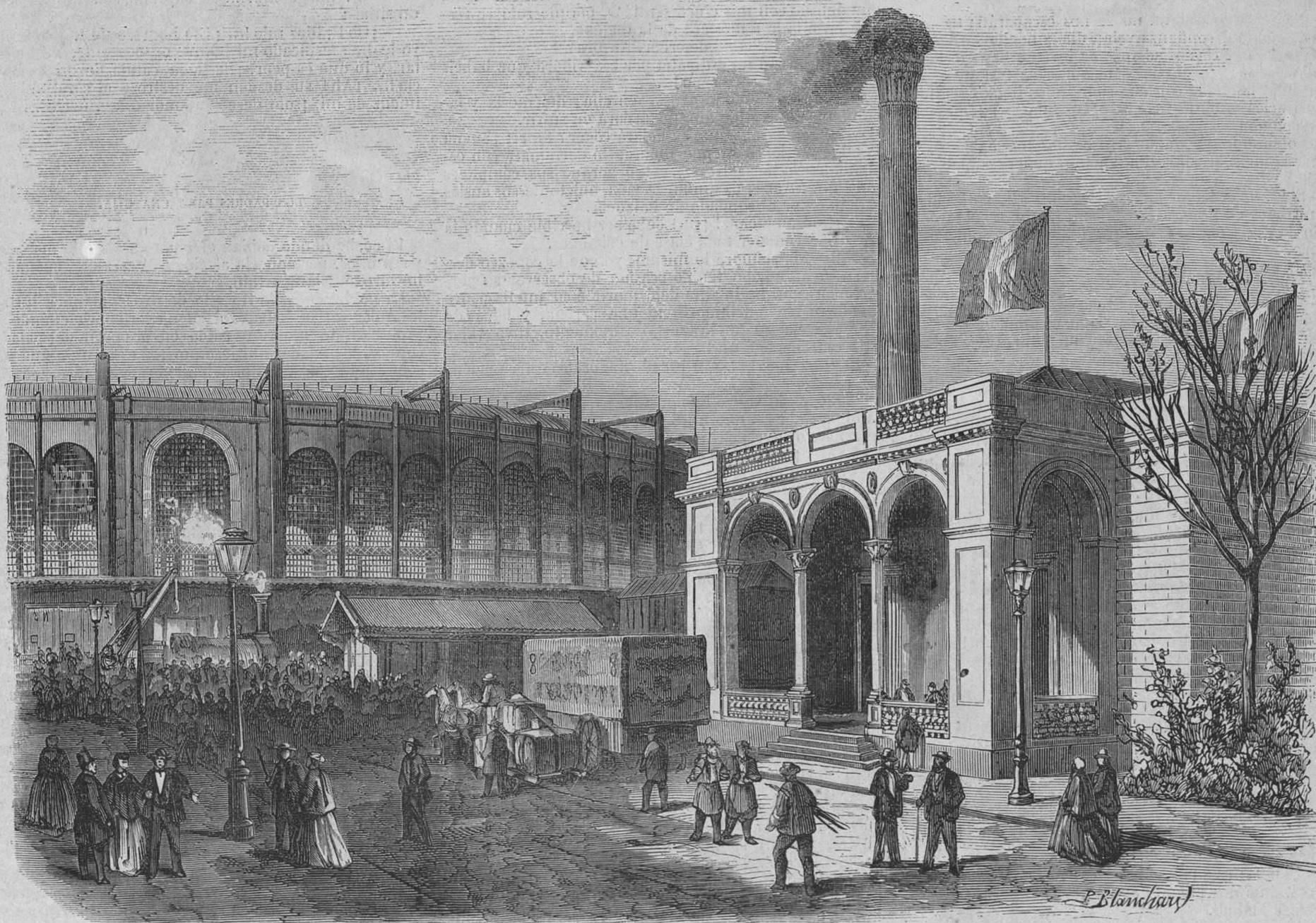
Como orador, su diction es fácil y elegante, su palabra sobria. El órgano es débil, sin vibraciones; en su-

ma, el tono mesurado, conciliador, es el que mejor conviene á su elocuencia templada.

El conde Andrassy, cuya familia tuvo origen en los tiempos de la conquista de la Pannonia y desciende de Arpad, primer duque húngaro, nació el 8 de marzo de 1823, en el landgraviato de Zemplin, que representó en la Dieta de 1847, época de su primera aparición parlamentaria. Un año despues, en 1848, fué investido por S. M. Fernando del cargo de conde supremo en el susodicho landgraviato. Tomó parte en la revolución en calidad de comandante de batallón de los voluntarios de Zemplin, fué enviado á Constantinopla por la Dieta de Debreczin, y á consecuencia de los sucesos que produjeron la caída de la república húngara, pasó desterrado á Francia é Inglaterra. En estos dos países vivió hasta 1857. La amnistía general del mismo año le volvió á abrir las puertas de su patria, y en 1860, despues de la publicación del *October Diploma*, el gobierno austriaco quiso devolverle su empleo de conde supremo. Andrassy no quiso aceptar, prefiriendo entrar en el partido Deak en 1861. Por tercera vez fué elegido por el landgraviato de Zemplin, en diciembre de 1863, y elevado por la consideración de sus colegas al sillón de la vice-presidencia de la Cámara de diputados. De aquí acaba de pasar á la presidencia del ministerio, designado al gobierno y á la opinión pública para llenar este alto empleo por la amistad de M. Deak.

Los colegas elegidos por el conde Andrassy para constituir el gabinete magyar, son nuevos como hombres políticos, si se exceptúa al baron José Gotroes. Antes de emitir sobre ellos opinion alguna, bueno será esperar sus actos.

L. R.



EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867. — El pabellon.

La Marquesa de Pinares.

NOVELA ORIGINAL

DE LA SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Continuacion.)

Tendió una mirada en su derredor, y al contemplar la pobreza de aquellos muebles mezquinos, debió sin duda compararlos con los suntuosos y riquísimos de su palacio, porque se estremeció, y envolviéndose cuidadosamente entre los anchos pliegues del finísimo paño murmuró:

— ¡Oh! despachemos, porque el aspecto de esta habitación causa frío y espanto á la vez.

— Aguardo vuestras órdenes, señora; dijo Aaulfo.

— ¿Habeis descubierto algo nuevo?

— Lo que ya os diria la Corneja esta mañana.

— Sí, que el conde de Cinkar ha encontrado á su hijo.

— Y que por cierto parecen dos cuerpos y un alma; no se apartan uno de otro, y á todas partes les siguen el pintor Lopez y Ruderico; de manera que mis agentes hallan mil dificultades para dar el golpe. Y luego no se sabe donde viven, porque tan pronto están en una casa como en otra.

— El conde, por ahora, no me hará mucho daño, le tengo bien asegurado. Que no le pierdan de vista, es lo que mas nos conviene. Lo urgente, lo necesario en este momento, es apostar doce ó catorce bandidos en la sierra de Altomira.

— Ya están prevenidos. ¿Cuándo sale la marquesa?

— A ver, Corneja, ven aquí.

La Corneja se acercó.

— ¿Qué noticias tienes del palacio de Pinares?

— Pocas y escasas; desde que se ha descubierto lo del envenenamiento y la imbécil de Juana se ha hecho reo escapando por la ventana, han despedido á todos los criados, y no permiten la entrada á ninguna persona extraña. Por mas que lo he procurado, me ha sido imposible ver á la condesa, y ni ella ni su marido el jóven marquesito, salen de la casa.

— ¿Y la marquesa?

— Muy resignada; dicen que parece una mártir, y que ha resuelto hacerse monja.

— Es lo que la conviene; pero la marcha, ¿cuándo es?

— Nadie lo sabe de cierto; aunque se cree no se dilate mucho.

— Sea cuando quiera, no se nos escaparán; tres espías de toda mi confianza velan día y noche en los alrededores del palacio, además de los que hay apostados en el camino; por lo cual debes quedar tranquila, segura de la fidelidad con que siempre os hemos servido.

— Gracias, Aaulfo; conozco tu celo, y no quedará sin recompensa.

— Solamente que vamos á necesitar mucha gente, y de perseguir á la condesita tenemos que desatender al conde.

— Bien, dejadle por ahora; lo que á mí me importa es la cabeza de Honorata; con su muerte recobraré el título de mis padres, y vosotros tendreis la suma prometida.

— ¿Y quién nos la entregará?

— ¿Desconfiais?

— Yo por mí, no, señora; mas la gente que llevo á mis órdenes es muy mala, y si en el momento de cometer el crimen no se reparten el botín, son capaces de atropellar por todo.

— No tengas cuidado; allí estaré yo para contentarlos.

— En ese caso, corriente.

— Si la señora no pudiera cumplir su palabra iré yo, añadió la Corneja.

— Desde luego; y llevarás la cantidad ofrecida, dijo Flora levantándose.

— ¿Ya nos vamos?

— Sí; Aaulfo nos acompañará hasta tomar el coche.

— Con mucho gusto, contestó este arreglando sobre los hombros con cierta coquetería la anchurosa capa.

Las dos mujeres volvieron á cubrirse, y siguiendo á Atocha que iba alumbrando, salieron á la calle.

— Adiós, dijo Aaulfo á la jóven, hasta mañana.

— Buenas noches, contestó Atocha saludando á la princesa que acababa de poner en su mano un bolsillo con algunas monedas, cuya accion no pasó desapercibida á los ojos de la avarienta Corneja.

Poco despues, la solitaria calle quedó en el mas profundo silencio.

XXIV.

PREPARATIVOS.

El palacio de Pinares habia sufrido una trasformacion completa; casi todos los criados fueron despedidos, conservándose únicamente aquellos mas antiguos y de reconocida lealtad.

Los inmensos y elegantes salones, donde pululaban pocos dias antes numerosos lacayos con lujosos y gal-

neadas libreas, hallábanse desiertos, alguno que otro entulado anciano ó vetusta doncella los atravesaba con lento paso y triste actitud.

En las habitaciones de Honorata, véase á su fiel doncella Aurora, ocupada en arreglar las maletas, haciendo los preparativos de viaje. Y mas adentro, en el gabinete que se habia convertido en cámara nupcial, estaban los jóves esposos, sentados en un divan y conservando en sus rostros las huellas de una acerva melancolía.

El severo y negro traje de la condesita, hacia resaltar mas y mas su diáfana palidez. Rafael por el contrario, ostentaba en sus megillas un color encendido, y en sus ojos un brillo febril.

— ¿Qué tienes, amor mio? tú estás enfermo, exclamó la condesa tomando entre las suyas la abrasadora mano de su esposo.

— Sí, me siento mal; pero no es cosa de cuidado, murmuró frotándose la frente con la mano, como queriendo desechar una idea dolorosa.

Honorata le miró con inquietud, y recordando que estaban rodeados de asechanzas, exclamó alarmada:

— ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

— No te asustes, querida; espero ponerme bueno cuando abandonemos los aires de la corte. ¡Ay! ¡Esta atmósfera me ahoga!... No quiero vivir aquí donde nunca nos veremos libres de traidores, ni de esa infame mujer que nos persigue tan inhumanamente.

— ¡Oh! tambien yo deseo hallarme cuanto antes en las montañas de Pinares.

— Allí nuestros colonos son leales y no debemos abrigar recelo, ni temblar por nuestra vida.

— Sí, sí; al momento partiremos.

— Y mamá, ¿está resuelta á seguirnos?

— La tengo casi convencida, y creo que antes de dos horas saldremos con direccion á nuestro castillo. ¡Ay! Ojalá nunca hubiéramos abandonado sus muros, y acaso nuestro querido padre viviria entre ellos, libre de la traicion infame que le ha conducido al sepulcro.

Honorata, al decir esto, bajó la cabeza tristemente; se acordaba de Flor del Espino considerando los dolores y amarguras que la hizo sufrir aquel amor funesto que aun por desgracia vivia arraigado en el corazon de su esposo.

Rafael, al propio tiempo, pensaba en aquella desgraciada niña que por su causa era infeliz, teniendo siempre presente su grito desgarrador al reconocerle en la noche fatal.

— Aurora, amiga mia, ¿están los equipajes? dijo la condesa levantándose y abriendo la puerta del salon.

— No tardaré, señorita, contestó la jóven.

— Apresúrate; deseamos partir cuanto antes.

— Lo que es por nosotros no será la tardanza, si los de la señora marquesa estuvieran al mismo tiempo, antes de una hora nos hallariamos lejos de esta Babilonia, que detesto con mis cinco sentidos, porque solo se respira en ella la atmósfera de la maldad.

— ¿Quién lo habia de creer, Aurora?

— ¡Recordad mi antipatia por esa víbora que habeis abrigado en vuestro seno!...

— Me estremezco al pensar en ella; dejémosla y lamentemos el castigo que no tardará en sufrir.

— ¿Os imaginais que se dejará coger? Sí, sí; ¡buena es ella! y mientras tenga dinero, lo derramará con esplendidez ya por salvarse, como porque sus cómplices trabajen, á ver si os quitan la vida, objeto de sus ansias para heredar el condado de Palancar.

— ¿Qué ambicion! ¡Oh! debe ser horrible cuando la arrastra á cometer toda clase de crímenes.

— Ha sido siempre lo mismo; yo que la conozco desde su juventud, he tenido ocasion de observar su perverso corazon. La infame dejó morir á su infeliz padre sin acercarse á tributarle ni una caricia, y lejos de acompañarle en tan angustioso momento, tuvo valor para marcharse á un baile.

— ¡Qué horror! murmuró Honorata estremeciéndose.

— Y cuando volvió cubierta de perlas y encajes, solo halló su cadáver, que miró con un gesto desdenoso, sin derramar ni una lágrima.

— ¡Ah! ¡calla!... ¡calla!... ¡y que Dios la perdone!

— Amada mia, ¿me acompañas á la habitación de mamá? dijo Rafael apareciendo en la puerta del salon.

— ¡Oh! sí, vamos.

La noble y angelical marquesa de Pinares, desde la desgraciada muerte de su esposo, apenas salia del oratorio donde se pasaba muchas horas en oracion.

Triste, pálida y arrodillada en el reclinitorio, la encontraron sus hijos.

— ¡Madre mia! ¿Cuándo partimos? exclamaron tendiendo hácia ella sus brazos.

— Al momento, ¡ay! Os sigo con el corazon destrozado.

— ¿Y qué hacer si el mal no tiene remedio?

— Evitarlo para en adelante, y esto es lo que nos conviene hacer, dijo Honorata completando el pensamiento de su esposo.

— ¡Es verdad, hijos míos! Aquí vuestras cabezas peligran; huyamos, pues, en tanto la justicia se apodera de la criminal.

— No tardará mucho en expiar sus crímenes; el conde de Cinkar se ha encargado de entregarla á los tribunales, y sobre los motivos de odio que tiene contra ella, está su energía y actividad notablemente reforzada con el feliz encuentro de su hijo, y no descansarán hasta conseguir un triunfo completo.

— Pero no ignoras que Edelmira es su hija; y esta niña que hace tiempo ha desaparecido se encuentra en poder de Flora.

— Teneis razon, madre mia, murmuró Honorata pensativa.

Durante esta conversacion, habian salido del oratorio, y la marquesa mandando activar los preparativos de marcha, se puso por sí misma á empaquetar algunos objetos. Sus hijos la ayudaron, y una hora despues los carruajes estaban prontos y los caballos piafaban con impaciencia al pié de la escalera.

— El conde nos ofreció venir á despedirnos, dijo la marquesa.

— Y Arturo tambien, al despedirse anoche de mí, me prometió venir hoy antes de las diez, repuso Rafael mirando el reló.

— ¿Y qué hora es?

— Las nueve y media.

— No tardarán.

— ¡Hélos aquí! exclamó Honorata que se hallaba cerca del balcon y los vió apearse del coche.

Ya la marquesa y sus hijos estaban preparados para marchar, cuando el conde y Sebastian, ó mas bien Arturo, se presentaron.

— Mi querido conde, ¡ya nos impacientaba vuestra tardanza! exclamó la marquesa alargando con efusion la diestra.

— Creí seria la partida á las diez, y como aun faltan algunos minutos...

— Nuestro deseo por abandonar la corte es tan vivo, que las horas nos parecen siglos.

— Pues al coche, ¡y feliz viaje!

La afectuosa despedida se prolongó unos instantes, los que se aprovecharon en hacerse mutuamente repetidos encargos.

La marquesa entró en una sala del piso bajo donde estaba situada la mayordomía, la siguieron sus hijos y el conde con el suyo.

Los coches donde iban los equipajes acababan de partir, tras ellos salieron precipitadamente del portal de una casa situada á pocos pasos del palacio tres individuos montados en briosos caballos. Uno fué siguiendo los coches, otro dando la vuelta por la calle del Turco, se detuvo en la del Sordo en la puerta de la casita misteriosa que ya conocen nuestros lectores; cambió algunas palabras con una mujer que salió á abrir, y marchó inmediatamente á reunirse con su compañero. El otro llegó en pocos minutos á la calle de Lavapiés y detúvose en la tienda de la modista. Aaulfo habló con él y sin despedirse siquiera de la pobre Atocha, que lloraba tristemente, montó en un caballo que le tenían preparado, y seguido del espía que acababa de traerle el aviso, partió á escape á buscar la carretera de Valencia por donde debian ir los marqueses de Pinares con direccion á su castillo de la Sierra.

Atocha los vió desaparecer con el corazon traspasado de dolor. Luego murmuró cayendo con desaliento en un sitial:

— ¡Oh! ¡Dios mio!... ¡Ese hombre no me ama!... Y yo le he sacrificado mi honra, mi porvenir, mi bienestar, y lo que es peor, ¡hasta la calma de mi conciencia!... ¡Ah! su desden me destroza el corazon, y yo, infeliz de mí, ¡solo deseo su amor ó la muerte!...

XXV.

DOS PADRES PARA UNA HIJA.

El coche donde debian efectuar su viaje la marquesa y sus hijos, permanecia al pié de la escalera, cuando ya los otros habian partido.

La noble viuda de Rogelio detúvose algunos instantes á dar varias órdenes á su mayordomo, cuando de pronto sintió un gran ruido en el portal del palacio, como si los criados quisieran evitar el paso de una persona, siguiéndose gritos y lamentos exhalados por una voz fresca y juvenil, aunque dolorida y angustiosa.

— ¿Qué ocurre? preguntó la noble dama, saliendo presurosa con el deseo de informarse por sí misma de lo que pasaba.

— Es una jóven, medio loca al parecer, por el desorden de su traje, que se empeña en ver á la señora condesa, y los porteros no la dejan entrar, dijo un criado, contestando á la pregunta de su noble ama.

— ¡Oh! dejadla llegar hasta mí; quizá sea una desgraciada.

Apenas en el vestíbulo se oyó esta orden, cuando cesó el ruido y una hermosa y pálida niña se precipitó con alegría y vertiendo abundantes lágrimas en los brazos de la marquesa. Honorata, Rafael, el conde y Arturo, llegaron al mismo tiempo atraídos por la algarazara.

La marquesa y Honorata prorumpieron en una exclamacion de júbilo al reconocer á la jóven fugitiva, y estrechándola con verdadera efusion entre sus brazos, no sabian cómo desprenderse de sus ardientes caricias.

Por fin, la viuda de Rogelio, haciendo un supremo esfuerzo, la cogió de la mano, y presentándosela al conde la dijo:

— Aquí tienes á tu padre; señor conde, esta niña es Edelmira.

— ¡Hija mia! gritó el anciano arrebatado de gozo.

— ¡Mi querida hermana! murmuró Arturo.

— ¡Será verdad! padre, hermano, amigos, todo lo encuentro en un dia, y en el momento en que escapá dome de la prision donde pretendian sacrificarme, vengo buscando refugio y consuelo. ¡Me creí sola en el mundo!...

— ¡Ingrata! tu padre no te abandona y sigo tu hue-

lla como un loco; interrumpió Pereival precipitándose en la estancia,

— ¡Oh! ¡Dios mio! gritó la infeliz refugiándose en los brazos del conde; ese hombre dice que es mi padre, probadle lo contrario, porque mi corazón le rechaza.

— Y con justo motivo, un miserable no puede ser el padre de un ángel.

— Caballero, ¡es mi hija!... articuló Pereival, queriendo dar á su voz una energía de que no era capaz su alma, agobiada por los remordimientos.

— ¿Vuestra, eh? ¿Quién os lo ha dicho?

— Mi esposa.

— ¿Y quién es vuestra esposa?

— Flora del Palancar.

— Esa señora, por otro nombre la baronesa de Pereival, ha repetido muchas veces en esta casa, delante de nosotros y en vuestra presencia, que no tenía ningún hijo.

La marquesa dijo estas palabras mirando fijamente á Heraclio.

— Teneis razon, murmuró aterrado.

Honorata continuó:

— Y á Edelmira la hemos conocido en el palacio de Florini, creyendo á la princesa su madre.

— ¡Tambien es verdad! repuso maquinalmente Pereival.

— Y no negareis, añadió el conde, que Flora del Palancar y la supuesta princesa son una misma persona, y vos un miserable cómplice de sus intrigas y de sus crímenes.

El pobre hombre no contestó una palabra, estaba anonadado; juzgó perdida á su esposa, y procurando buscar su propia salvacion en la piedad de la que sinceramente creía hija suya, la dirigió una mirada suplicante exclamando:

— ¡Oh! hija mia, apiádate de tu padre.

— No volvais á pronunciar semejante palabra; su padre soy yo, el conde de Cinkar, esposo de la verdadera princesa de Florini, á quien Flora ha usurpado el título y las riquezas, que hoy afortunadamente vuelven á sus legítimos herederos.

La voz del italiano era imponente, su figura majestuosa y grave.

Pereival, no acabando de convencerse de lo que oía, aun se atrevió á replicar:

— ¡Pero si cuando yo marché á Paris, quedó Flora embarazada de esta niña!...

— Si tal os ha dicho, ha mentido; es verdad que tuvo un hijo, pero fué Carlos; hoy un joven tan honrado como vos y digno hijo de su madre, y que ella misma acaba de conducir á la cárcel por haber robado á la preñada en cuya compañía ha vivido desde que su madre le abandonó inhumanamente.

— ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Lo que decís es muy cruel! ¡Probádmelo, probádmelo!...

— Leed.

Y el conde le presentó dos cartas.

Durante el diálogo de aquellos dos padres que se juzgaban con derecho á Edelmira, las tres señoras se habian retirado á un ángulo del aposento, donde procuraban consolar á la triste niña, que iba desfalleciendo segun las revelaciones que veía arrojaban importantes datos que hubiera querido ignorar toda su vida.

En tanto Pereival leyó con asombro las epístolas que el conde acababa de presentarle y que estaban concebidas en estos términos:

« Señor conde: En vano será con vos la negativa; habeis llegado á penetrar todos mis secretos, declarándome una guerra á muerte: admito el reto; pero demandando una tregua, suspéndanse las hostilidades por ocho dias solamente, yo no os perseguiré, dejándome vos libre tambien, y al cabo de este tiempo entraremos en un arreglo pacífico, entregándoos vuestra hija Edelmira, la cual queda en mi poder y sucumbirá á los golpes del puñal de un asesino si no os dignais complacerme. Vuestra servidora,

» FLORA DEL PALANCAR. »

La otra iba dirigida á Sebastian, y estaba fechada en la cárcel del Saladero; decia así:

« Mi querido Sebastian: Cuando nos conocimos te salvé la vida á riesgo de la mia, en las aguas del Manzanares, hoy en pago de aquel servicio, reclamó de tí un favor.

« Estoy preso, y gravita sobre mí una acusacion infamante, arrojada á mi frente por la misma mujer á quien debo el ser. Ella ignora que soy su hijo, te ruego se lo digas por si en su empedernido corazón tiene algun poder el grito de la naturaleza, y si no lo tuviese, sálvame tú ó ven á clavarme un puñal en el corazón.

« Mi madre se llama Flora del Palancar. Se la conoce por la baronesa de Pereival y me dejó en Cadiz, en los primeros dias del año 1840, en casa de una mujer llamada Tadea, la cual hoy puede vérsela en esta córte, en el hospital de las Incurables, y afirmará lo que llevo dicho, sin embargo de que los documentos justificativos obran en mi poder.

« Si nada puede en tu corazón la voz de la amistad, ni el recuerdo del favor que te presté en otro tiempo, hadlo siquiera por compasion, por amor á la humanidad, y de todos modos te quedará eternamente reconocido tu desgraciado amigo

» CARLOS. »

Pereival, al concluir la lectura, inclinó la cabeza sobre el pecho con muestras de un dolor inmenso. En su pálido rostro se pintó la angustia, y la amortiguada luz de sus ojos comenzó á perder su escaso fulgor.

— ¡Tambien me ha engañado! murmuró con sombrero acento.

— No lo extrañeis, porque en vuestra esposa todo es falsedad y artificio.

— ¡Oh! ¿quién me salvará?... Solo hallaré en la tumba un refugio seguro.

El abatimiento de aquel hombre inspiraba compasion; dejándose llevar de un noble sentimiento, le dijo el conde:

— Nada temais, habeis salvado mi vida en la Habana, vuestro hijo ha prestado igual favor al mio, y como en nuestros corazones habla muy alto la gratitud, os prometemos á ambos una cumplida proteccion en recuerdo de este servicio.

— ¡Oh, gracias, gracias!... yo lo que deseo es abrazar á mi hijo.

— Le abrazareis, pero tened entendido que sois mi prisionero.

— Y su cárcel este palacio, amigo mio, dijo Rafael de Pinares.

— Tiene razon mi hijo, añadió la marquesa adelantándose; quedaos aquí, conde, y dejad vuestra casa, donde no estais muy seguro mientras esa mujer se encuentre en libertad.

— Acepto con placer y os ruego no interrumpa este acontecimiento vuestro viaje.

— Vamos á partir inmediatamente. Los criados que os quedan son leales, y os servirán con la fidelidad que á nosotros.

— ¡Gracias, gracias, marquesa! adiós, pronto iremos á vuestro castillo.

— Me alegraré, porque será una prueba de que estais libres de lazos y asechanzas.

La despedida fué tierna y afectuosa por parte de las dos jóvenes amigas que no se cansaban de acariciarse mutuamente.

Cuando el coche desapareció por la esquina del Prado, aun en los balcones del palacio se agitaba un lienzo blanco, y cuatro corazones enternecidos hacian votos por la felicidad de los viajeros.

XXVI.

NOTAS.

Para que nuestros lectores comprendan la causa que llevó á Edelmira al palacio de Pinares en el momento en que la marquesa con sus hijos debia emprender su marcha con direccion al castillo, debemos retroceder al dia anterior en que ocurriera la escena que acabamos de referir.

Eran las cinco de la tarde, cuando Flora, al ir á sentarse á la mesa, recibió de sus espías las siguientes notas:

« Mañana es el dia fijado por la marquesa para su marcha al castillo; ignoramos la hora; pero estad pronta y se os avisará la salida del palacio. »

Otra estaba fechada en Cádiz y la decian:

« Se han hecho en esta ciudad muchas y minuciosas averiguaciones, por un italiano llamado Zacarias Mariani, el que derrama el oro á manos llenas. Ha recogido documentos en toda regla del capitan y del capellan de la fragata *Santa Rita*. Tambien la partida de defuncion de la princesa de Florini, habiendo visitado su sepulcro, y conseguido permiso para trasladar el cadáver á Italia al panteon de su familia en los Estados de Florini. »

La otra nota, de fecha posterior, era de Nápoles, concebida en estos términos:

« No podemos presentarnos á cobrar las rentas del principado, porque se nos persigue para prendernos; en toda Italia resuena la voz de que la princesa murió á bordo de la fragata *Santa Rita*, esperando sus restos en la ciudad de un momento á otro. La indignacion es general contra la usurpadora.

« Así pues, la rica mina que os llenaba de tesoros, está agotada para vos. Los tres millones que nos pediais en la vuestra, no podemos mandarlos, por las razones expuestas. »

Cuando Flora leyó esta última nota, sufrió una horrible contraccion; su rostro se descompuso notablemente.

— ¡Maldicion! murmuró; ¡esos tres millones eran el premio que debo dar á los bandidos por la cabeza de Honorata!... Estoy arruinada; si esa chicuela no muere pronto, no puedo proseguir mi plan de venganza, ni sostenerme en el rango que he seguido hasta hoy.

Medio loca por la ira, entró en su gabinete sin acordarse de comer. Los criados la miraban atónitos, y Pereival, que vió con asombro el trastorno que habia sufrido aquella fisonomía, por lo general tan impasible, murmuró para sus adentros:

— ¡Malas noticias tenemos!... Hoy el correo de Italia y el de Andalucía, han sido funestos.

Un cuarto de hora despues de haber entrado Flora en su gabinete, salió con una carta en la mano, y exclamó dirigiéndose á los criados que servian la mesa:

— ¿Quién de vosotros sabe la casa del señor conde de Cinkar?

Dos se adelantaron.

Los examinó con la vista, y eligiendo el mas anciano, se le entregó recomendándole la pusiera, si le era posible, en su propia mano.

Luego volvió á sentarse á la mesa, y acompañada de su esposo, de Lopez y de German, comió tranquila, fingiendo una serenidad que estaba muy lejos de sentir.

Durante la comida, reinó un triste silencio, mirábanse unos á otros á hurtadillas, manifestando en sus rostros la desconfianza y el temor.

Apenas sirvieron los postres, se levantó Flora, y mandó á Lopez y á German que la siguiesen.

Entraron los tres en el gabinete.

Resentido Pereival de que no se le hubiera hecho igual invitacion, dejó la mesa amostazado, y en vez de dirigirse á sus habitaciones, entró en la alcoba de su esposa, y escondido entre las colgaduras, escuchó la siguiente conversacion:

— Os he llamado, amigos míos, dijo Flora; porque necesito saber con qué fondos contamos para mañana.

— Con muy pocos, señora, contestó German; los gastos se multiplican cada dia y las rentas de Italia que aguardamos con afan no llegan.

— De Italia nada debemos esperar por ahora, contemos solo con lo de aquí.

— En ese caso no podeis contar ni con treinta mil duros.

Los dos amigos cambiaron una mirada de inteligencia.

Flora sintió que el coraje la ahogaba, y estuvo á punto de estallar en improprios contra aquellos hombres que la robaban escandalosamente; se reprimió sin embargo, conociendo que de nadie podia fiarse.

— Sirvanme ahora, murmuró para sí; y cuando yo sea condesa del Palancar, sabré quitarlos de enmedio.

Esta esperanza la hizo devorar su cólera, exclamando con fingido tono:

— ¡Oh, pues necesito para mañana tres millones!...

— ¡Imposible! replicaron á un tiempo los dos amigos.

— No pronuncieis esa palabra delante de mí.

— ¿Y de dónde quereis que los saquemos?

— De mis palacios, de mis muebles y de mis joyas; os he dicho que los necesito, y quiero tenerlos á todo trance.

— Bien; obedeceremos vuestras órdenes.

— Yo salgo mañana de Madrid, acaso no vuelva, y si vuelvo no será para habitar ni este palacio, ni el de Florini, ni la quinta del Jarama; por lo tanto, véndanse las tres fincas con todo el mueblaje, y el importe entregadlo á la Corneja, ella lo depositará donde yo la indique.

— Corriente, mañana mismo quedareis complacida, dijo German, en cuyos ojos brilló un rayo de alegría.

— Despues tendremos grandes tesoros y grandes rentas que disfrutaremos reunidos, pues espero no me abandonareis, dijo Flora pretendiendo con esta esperanza halagarlos para que la permaneciesen fieles.

— ¡Eso nunca! aunque vayais á lejanos paises, os seguiremos como el perro leal á su querido amo.

— ¡Gracias! no esperaba menos de los dignos amigos de mi querido esposo. Ahora, Lopez, solo me resta un encargo para vos.

— ¡Decid!...

— Mientras German se ocupa en la venta de todo cuanto me pertenece, vos ireis á ocupar el puesto de la Corneja en la casita de la calle de Alcalá que comunica con la del Caballero de Gracia.

— ¿Dónde se halla encerrada Edelmira?

— Justamente.

— ¿Y á qué hora?

— Temprano, pues la Corneja se vendrá á ir recogiendo los fondos que German reuna.

— Está bien, murmuró Lopez poco satisfecho con aquella disposicion. ¿Y qué debo hacer?

— Lo primero, ir prevenido de un puñal, y en cuanto sepais que la justicia me persigue y se trata de prenderme, le clavais en el corazón de esa niña.

— ¡De vuestra hija!... exclamaron ambos con horror á pesar de sus depravados instintos.

— Si; en el corazón de Edelmira; afirmó Flora con duro acento.

— Bien, señora.

— No os extrañe, añadió ella; esta resolucion es hija de mi cariño, pues si llegan á prenderme, la suerte de esa niña será bien triste, y prefiero verla muerta, que sufrir las consecuencias de la causa criminal que se me siga.

— ¿Luego estais amenazada?

— Si; mas espero salir triunfante, y para salvarme necesito los tres millones.

— Descuidad, que seréis servida fielmente.

La reunion quedó disuelta.

Al siguiente dia muy temprano, Pereival no se apartó ni un momento de Lopez.

— ¿Quiero ir contigo á ver á mi hija, le dijo.

— ¿Y quién te ha dicho que voy á verla? le preguntó.

— ¿Quién me lo ha de decir? quien lo sabe. Tú vas allí mientras la Corneja viene á recoger los fondos; disposicion que no me ha parecido muy oportuna en mi esposa, porque esa mujer es muy avara, y mejor podia fiarse de tí que de ella.

Pereival se propuso por este medio herir la cuerda mas sensible de Lopez, y lo consiguió, pues este manifestó inmediatamente su resentimiento.

— ¿Quieres que hagamos una cosa? le dijo Pereival.

— ¿Qué es?

— Yo me quedaré con Edelmira hasta que tú vayas á relevarme.

— ¡Oh! por mi parte acepto; si me das palabra de no salir de la casa.

— Te lo prometo.

— Entonces, convenidos.
Efectivamente, hicieronlo así.
Empero la idea de Pereival era salvar á su hija, y tan luego como penetró en la habitacion donde la infeliz estaba prisionera, corrió á abrazarla con amorosa ternura. Caricias que rechazó la jóven indignada.
— ¡Apartad! exclamó.
— Vengo á salvarte, hija mia.
— ¿Qué nuevo peligro me amenaza? ¿No os basta tenerme encerrada bajo la odiosa dependencia de esa harpía, cuya sola presencia me lastima?
— No son bastantes esos tormentos, mi querida Edelmira; y para que acabes de sufrir, se ha decretado tu muerte.
— No la temo; es el único término á mis males.
— Aun puedes ser feliz; sígueme, abandonemos esta casa; un coche nos aguarda que nos conducirá á un asilo lejano donde nada tengamos que temer, viviendo con la tranquilidad de los ángeles.
Edelmira quedó pensativa; nunca hubiera admitido la proposicion, porque la causaba horror el hombre que se llamaba su padre; sin embargo, aparentó aceptar con la idea de cuando estuviesen en la calle escaparse á reclamar de su amiga Honorata y de la marquesa de Pinares un refugio seguro.
Animada por esta consoladora esperanza, le preguntó:

— ¿Y con qué recursos contais para nuestra fuga?
— Miralos; dijo Pereival enseñándola un cofrecito que ocultaba cuidadosamente.
— ¿Qué contiene?
— Muchas alhajas, papeles y brillantes de gran valor que tu madre tenia reunidas, sin duda para llevárselas.
— ¿Tambien sale de Madrid?
— Sí, hoy mismo; conociendo tenia este tesoro recogido para escapar con él, me he anticipado, pues antes somos nosotros. Tómale.
— Venga, y vamos pronto.
— Sí, sí, no hay que perder un momento.
Edelmira ocultó el cofrecito entre sus vestidos, y bajó á la calle sin cuidarse de cubrir su cabeza ni sus hombros con alguna prenda de mas abrigo.
Cuando se vió en la calle, fingió apercibirse de aquella falta y dijo á Pereival:

— Se me ha olvidado que hacia frio, hacéme el favor de ir por un sombrero y un abrigo.
Apenas volvió la espalda, echó á correr la pobre cautiva llena de regocijo.
Pereival se informó por el cochero de la direccion que habia tomado, y la siguió segun saben nuestros lectores.

(Se continuará.)

El doctor A. Blanchet.

La ciencia y la humanidad, no tememos decirlo, acaban de tener una gran pérdida en la persona del doctor Blanchet, médico y cirujano mayor de la institucion imperial de Sordo-Mudos de Paris. Con efecto, á él se debe el ingenioso método que permite instruir á los sordo-mudos y á los ciegos con los niños que oyen y ven, y esto sin recurrir á procedimientos particulares, inteligibles solamente para los iniciados.
Este descubrimiento que inmortalizará su nombre, ha pasado al estado de enseñanza oficial en las escuelas todas del imperio.
Blanchet nació en 1819 en Saint-Lo, pueblecillo de Normandía, que ha tenido la buena fortuna de dar la luz igualmente á Leverrier y á Octavio Feuillet. Rubio, de una estatura ordinaria, de una gran distincion personal, se podia juzgar por la dulzura de su fisonomía, de la amenidad de su carácter. Deja numerosos é importantes trabajos sobre las dos enfermedades de que se ocupaba especialmente, esto es, el oído y la vision. Ningun triunfo le faltó: era oficial de la Legion de Honor,



El doctor Blanchet.

tenia muchas cruces extranjeras, y era miembro de un crecido número de academias.
Sus exequias han tenido lugar en Saint-Lo, adonde fueron trasportados sus restos mortales, segun su deseo.
En un elocuente discurso pronunciado sobre su tumba, el doctor Constantino James, su paisano y amigo, describió así los últimos momentos del doctor Blanchet: «Ocupábase, dijo, en perfeccionar un procedimiento de su invencion para restituir la vista á los ciegos, cuando de súbito le hirió la muerte, ó por mejor decir, la muerte le advirtió antes. Hacia algun tiempo se sentia atacado de un principio de enfermedad del higado; pero víctima de un sentimiento exagerado del deber, continuó sus funciones de profesor, sacando cada dia de un aumento de energia moral, lo que iba perdiendo en fuerza y vitalidad. Muy luego la lucha no fué ya posible. No me pidais pormenores sobre su larga y dolorosa agonía; bastante desgracia ha sido para mí el haberla visto en todas sus fases, sin que deba ahora trazar tan horrible cuadro. Pero lo que no podria callar, es que su muerte ha sido la de un cristiano ferviente y convencido.
» Así se apagó esta simpática existencia. No sabia pintar mejor el dolor inmenso que causó en Paris la noticia de su muerte, que comparándole con el que veo reflejado aquí en todos los rostros. Y esto consiste en que Blanchet ejercia sobre todos cuantos se acercaban á él un hechizo, una verdadera fascinacion, mediante dos dones naturales cuyo ascendiente es irresistible: la nobleza del corazon y la delicadeza de los sentimientos.»

M. D.

Las cocinas

POPULARES DE BERLIN.

No solo el fusil de aguja florece en Prusia. El fusil es obra del gobierno; la oposicion recurre á medios mas pacíficos.
Las cocinas populares, donde se ven escenas como la que representa nuestro dibujo, han sido fundadas por señoras caritativas cuyos maridos pertenecian al partido progresista, en la época no muy remota en que este partido existia todavía.
En un principio hubo cocinas de caldo, donde se podia comprar caldo por muy poco dinero por

la mañana á las diez, y á las doce buey cocido; pero pronto reconocieron que estos establecimientos no bastaban para cubrir las necesidades de la poblacion indigente, y entonces los reemplazaron con las actuales cocinas populares (*Volksküchen*), que solo están abiertas en el invierno. Por seis *dreier* (4 sueldos), dan aquí una comida sencilla, pero suculenta y bien aderezada. En cada uno de estos establecimientos situados en los arrabales y los barrios mas populosos de la gran ciudad, distribuyen como mil seiscientos raciones diarias. Las familias que acuden aquí inscriben su nombre en un registro, á fin de que se sepa de antemano la cifra aproximada de las demandas. La comida se compone de una sopa, un plato de carne y verdura, patatas, frijoles, lentejas ó arroz. Las señoras que patrocinan estas casas se relevan por turno para vigilarlas, y suelen conducir á ellas á sus hijas para iniciarlas en los misterios de la cocina y en las ocupaciones domésticas, completando así su educacion.

W. R.

(1) Solucion del número 235.

- 1 Rª 5ª ARª Una de las T jaque.
- 2 Rª toma T jaque-mate.

Los Editores-Proprietarios responsables:

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

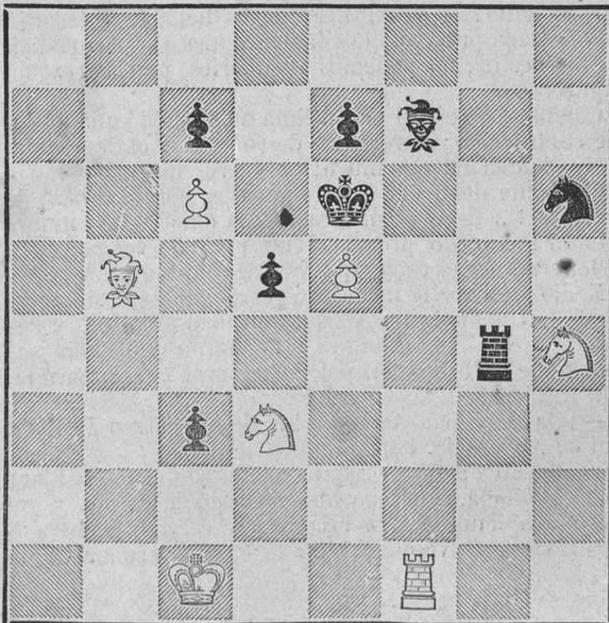


BERLIN. — Cocina popular.

Problemas de ajedrez. (1)

PROBLEMA NÚMERO 236, POR M. ROBERT BRAUNE.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cinco jugadas.